
Lady Bloom busca un prometido para Navidad
Damas inadecuadas XII
Kathia Iblis
Selecta

Lady Bloom busca un prometido para Navidad

SERIE
Damas inadecuadas 12

Kathia Iblis

Selecta

"El amor es una llama que arde dentro de nosotros y nos da fuerza para seguir adelante."

"El amor no mira con los ojos, sino con el alma."

Jane Austen

Nota de la autora

El momento en el que una joven era presentada en sociedad era el más importante de su vida porque era el primer paso que determinaba lo que sería de su destino de ahí en adelante.

La joven casadera ideal poseía, de ser posible, un apellido de renombre, belleza y una cuantiosa dote. Sin embargo, no siempre era así. Y aquellas que no cumplían con los requisitos se veían menos requeridas en las fiestas que las damas que sí los poseían.

Luego estaban las floreros que, por diferentes circunstancias, se consideraba que estaban destinadas a la perpetua soltería. Incluso, en relación a estas últimas, se había sabido de casos en los que habían logrado conquistar a un caballero.

Finalmente, se encontraban las jóvenes que estaban más allá de toda salvación. Porque, a veces, ni un apellido aristocrático, ni una belleza despampanante, ni una cuantiosa dote lograba el principal objetivo: que un caballero respetable desposara a una de ellas.

Sin embargo, a veces los milagros ocurrían y todo eso podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos. En especial cuando dos encumbradas viudas decidieron involucrarse y aceptaron el desafío de casar a dichas jovencitas. Nada ni nadie podría detenerlas, ni siquiera la mismísima nobleza a la que ellas siempre se habían

jactado de pertenecer.

Prólogo

El apellido Bloom

La sala de audiencias de Middle Temple no había albergado tanto murmullo desde el juicio de un duque caído en desgracia.

El aire olía a cera de velas, tinta fresca y ambición contenida. Los abanicos de las damas se agitaban con una cadencia nerviosa mientras los caballeros se inclinaban unos sobre otros, cuchicheando como estudiantes sorprendidos en falta.

En el centro, sobre un estrado de roble, el notario desplegó con parsimonia los documentos que cambiarían la vida de una joven.

—Por voluntad del señor Edward Bloom, hasta ahora ausente de estas tierras, se reconoce como heredera universal de todos sus bienes y títulos a su hija, la señorita Lily Anne Bloom.

Un jadeo colectivo recorrió la sala. Lily, vestida con un sencillo atuendo muselina color marfil, se irguió apenas, sintiendo cómo cientos de ojos se clavaban en ella con la misma mezcla de curiosidad y codicia. No había tenido voz ni voto en aquella decisión; apenas la mañana anterior era la señorita Bloom solo de nombre materno y ahora era la depositaria de una fortuna capaz de tentar al

más honorable de los hombres.

Al fondo, reclinado en actitud de aburrimiento elegante, Gabriel Montcrest, conde de Bourgh, dejó escapar una sonrisa torcida.

Había visto muchos debuts, demasiados anuncios de herencia. Pero aquella joven que ahora sostenía el peso de la sala parecía distinta. No era la belleza lo que lo intrigaba —aunque la tenía en abundancia—, sino la quietud de su mirada, una serenidad que parecía rozar la insolencia.

El notario prosiguió con el detalle de propiedades, acciones y rentas. Con cada cifra pronunciada, los abanicos golpeaban más rápido y los murmullos se hacían más densos. Lily permanecía en silencio, el mentón alto, las manos entrelazadas en el regazo como si se tratase de una estatua de porcelana. Solo un leve temblor en sus dedos revelaba que, bajo esa máscara, una tormenta rugía.

Gabriel se puso de pie cuando la ceremonia terminó. Avanzó entre los asistentes con esa gracia indolente que tantos corazones había hecho caer. Se inclinó ante Lily, y su voz, aterciopelada y peligrosa, atravesó el aire cargado de tensión.

—Parece que Londres ha ganado una heredera… Y yo he encontrado un motivo para asistir a estas tediosas lecturas.

—¿Y ese motivo es, milord? —replicó Lily sin bajar la mirada.

—Usted, por supuesto. Una adquisición tan inesperada merece… atención.

Los labios de Lily se curvaron en una sonrisa apenas perceptible.

—Me temo que se equivoca, Lord Bourgh. No soy una adquisición. Soy una ecuación. Y las ecuaciones se resuelven, no se coleccionan.

El silencio fue inmediato. Algunos sofocaron una risa nerviosa; otros contuvieron un jadeo. Gabriel, por su parte, se encontró sorprendido. Nadie, en mucho tiempo, le había respondido con semejante claridad. Y mucho menos una debutante.

Lily inclinó la cabeza con un gesto impecable de cortesía y dio media vuelta, dejándolo allí, con la réplica aun colgando en el aire.

Gabriel rio para sí, con un sonido bajo y sincero. Por primera vez en años, sentía que el juego apenas comenzaba.

***

No habían salido aún de la sala cuando un reportero de The Illustrated London News, ágil como un zorro, consiguió inmortalizar la escena: la joven heredera, altiva, girando la espalda al conde libertino. La ilustración aparecería en la edición del día siguiente, y con ella, el rumor más sabroso de la temporada: que la señorita Bloom y el conde de Bourgh habían cruzado espadas en público… Y que quizás había comenzado algo más peligroso que un simple escándalo.

La chispa estaba encendida. Y Londres, con su insaciable apetito por los rumores, no tardaría en avivarla hasta convertirla en incendio.

Capítulo 1

Presentación en sociedad

El carruaje avanzaba lentamente por las calles adoquinadas de Mayfair, entre el rumor constante de ruedas y cascos de caballos.

Dentro, Lily Bloom mantenía las manos entrelazadas sobre su regazo, ocultando el temblor que la traicionaba. La seda azul de su vestido crujía cada vez que respiraba hondo, y su tía, la señora Whitmore, no dejaba de observarla con esa mezcla de orgullo y ansiedad que solo una chaperona puede experimentar cuando la vida de su protegida cambia de un día para otro.

Hacía apenas una semana, Lily era poco más que una muchacha de educación cuidada y fortuna incierta, una joven a la que Londres miraba con curiosidad, pero sin verdadero interés. Ahora, tras la lectura pública del reconocimiento de su padre, era la heredera más comentada de la temporada. Un apellido, una fortuna, y un lugar en el mundo que nunca había solicitado le habían sido impuestos de golpe, como una corona que pesaba demasiado sobre su cabeza.

El carruaje se detuvo ante la residencia Cavendish, iluminada como un palacio. Cientos de velas ardían en las arañas de cristal, y

la fachada estaba adornada con guirnaldas invernales y cintas rojas en honor a la inminente temporada navideña. Los invitados desfilaban por la escalinata con sonrisas expectantes; todos sabían que esa noche sería el debut oficial de la señorita Bloom.

Al descender, Lily sintió que el aire se volvía más denso. Cada mirada parecía diseccionarla: el corte de su vestido, el peinado de bucles recogidos, incluso la manera en que colocaba un pie delante del otro. Su corazón martillaba, pero su rostro se mantenía sereno, apenas iluminado por la determinación de no permitir que la sociedad la viera temblar.

El salón de baile era un mar de luces y espejos. El perfume de rosas y polvos de arroz se mezclaba con el de los vinos caros servidos en copas de cristal. Un cuarteto de cuerdas afinaba sus instrumentos al fondo, y el murmullo de conversaciones flotaba como un enjambre expectante. Apenas Lily cruzó el umbral, los abanicos se agitaron con frenesí. *"La heredera desconocida"*, susurraban. *"La hija de Bloom reapareció"*. *"La joven con dote de princesa"*.

Lady Vane no tardó en interceptarla. Alta, de porte rígido y labios tensos en una sonrisa forzada, la matrona se aproximó como una araña que al fin atrapa a su presa. A su lado, un joven de rostro ruborizado y sonrisa torpe se inclinó con exceso de entusiasmo. Era sir Henry Vane, su sobrino, cuya reputación de mediocridad ya era conocida por toda la sala.

—Señorita Bloom —entonó Lady Vane lo bastante alto para que la mayoría de los presentes pudiera oír—. Permítame presentar a mi sobrino, un caballero cuya valía excede las palabras. Estoy segura de que encontrará en él un compañero ideal.

Lily inclinó la cabeza con educación, mientras Henry balbuceaba un elogio incoherente sobre el color de sus ojos. La incomodidad era

palpable; algunos invitados contenían la risa tras los abanicos, otros esperaban con avidez la reacción de la debutante.

Antes de que Lily pudiera responder, una voz distinta irrumpió desde el borde del círculo que se había formado en torno a ellos. Profunda, cargada de ironía, y con esa musicalidad propia de quienes saben que todos escucharán cada palabra.

—Qué entrada tan espectacular, señorita Bloom. Y qué fortuna la mía, encontrarme en el mismo salón en el que Londres ha decidido poner todos sus ojos esta noche.

Los presentes se apartaron con un suspiro colectivo. Gabriel Montcrest, conde de Bourgh, avanzaba con la elegancia de un hombre acostumbrado a ser el centro de toda conversación. Su reputación de libertino lo precedía: coleccionista de amantes, rompecorazones, y maestro del escándalo. Su sola presencia bastaba para teñir de expectativa cualquier velada.

Se inclinó ante Lily con un ademán perfecto, aunque en sus labios brillaba una sonrisa burlona.

—Milady, ¿me permitirá el honor de librarla por un instante de tan… entusiasta compañía? —dijo lanzando una mirada oblicua a Henry.

Algunas damas sofocaron carcajadas. Lady Vane frunció el ceño con furia contenida, pero antes de que pudiera replicar, Lily alzó la barbilla y respondió con calma glacial:

—Milord, confío en que no crea que me encuentro en apuros. Sir Henry es, sin duda, un caballero dispuesto a conversar.

Gabriel arqueó una ceja sorprendido por la entereza con la que ella lo enfrentaba. La mayoría de las debutantes habrían caído en sus redes con una risa nerviosa y un rubor inmediato. Lily, en cambio, lo miraba con una serenidad que desarmaba.

—Una dama que no necesita ser rescatada —replicó él con

lentitud—. Qué novedad tan refrescante.

El intercambio no pasó desapercibido. Los cuchicheos se multiplicaron, los abanicos golpearon con más fuerza. Lady Vane intentó retomar el control, sugiriendo con insistencia que Lily y su sobrino compartieran el primer baile de la noche. Pero Gabriel dio un paso adelante, inclinándose con esa cortesía peligrosa que lo hacía irresistible.

—Me temo que me adelanto, sir Henry. La señorita Bloom y yo compartiremos el primer vals. Después de todo, ¿qué mejor manera de silenciar rumores que bailando bajo la atenta mirada de Londres entero?

El cuarteto inició las primeras notas, y Lily, consciente de que negarse equivaldría a un escándalo inmediato, aceptó. Posó su mano enguantada sobre el brazo de Gabriel y se dejó guiar al centro de la pista. El murmullo se apagó. Todas las miradas se clavaron en ellos, expectantes.

El vals comenzó. Gabriel se movía con gracia impecable, su proximidad envolvía a Lily en un halo de peligro y atracción.

—Dígame, señorita Bloom —murmuró él mientras giraban—, ¿cómo se siente al saberse la mujer más codiciada de Londres?

—Aliviada, milord —respondió ella con una sonrisa suave—. Prefiero ser codiciada por mi fortuna que subestimada por mi mente.

Él soltó una carcajada baja, sorprendido. Nadie hablaba así con él. Nadie.

—Me temo que me he equivocado. Usted no es una adquisición. Es un acertijo. Y detesto los acertijos… aunque siempre termino por intentar resolverlos.

Mientras giraban, Lily percibía el peso de los ojos clavados en su espalda. No era solo un baile: era una declaración, un movimiento en un tablero social donde cada gesto se interpretaba con malicia. Y

aunque su corazón latía con violencia, no dejó de mirarlo de frente.

Cuando la música terminó, un aplauso contenido estalló. Gabriel la escoltó hasta el borde de la pista y, con un gesto de deferencia perfecta, la liberó. Lady Vane parecía a punto de estallar, y sir Henry se debatía entre la humillación y el ridículo.

Lily respiró hondo. Sabía lo que vendría: la avalancha de rumores, las comparaciones, los intentos de manipularla. Pero también sabía que esa noche había dado un paso decisivo. No sería una presa fácil. No sería la muchacha complaciente que todos esperaban.

Y mucho menos, el trofeo del conde de Bourgh.

En un rincón, una joven dama chismosa ya dictaba a un reportero los detalles del vals, exagerando cada gesto, cada mirada. La noticia aparecería a la mañana siguiente: *"La heredera Bloom baila con el libertino más famoso de Londres. ¿Compromiso en puerta?"*

Así, en una sola noche, había comenzado la temporada. Y con ella, la batalla entre la reputación, la conveniencia… y el deseo.

Capítulo 2

El rumor

El amanecer trajo consigo el repique de las campanas de San Pablo y el murmullo inconfundible de los pregoneros en las calles.

Los muchachos corrían de esquina a esquina agitando los ejemplares del London Gazette y de The Illustrated London News, gritando titulares con voz estridente. Entre los susurros de los criados que entraban y salían con las bandejas de desayuno, una palabra empezaba a repetirse como eco en cada salón de Mayfair: Bloom.

Lily no tardó en enterarse. Al entrar en el comedor, encontró a su tía Whitmore con el rostro desencajado, sujetando el periódico como si fuera un artefacto peligroso. Los ojos de la dama iban de la tinta impresa al semblante sereno de su sobrina, sin saber si debía ocultar la noticia o arrojarla al fuego de inmediato.

—¿Qué ocurre, tía? —preguntó Lily acercándose.

—Nada que no pueda ignorarse, querida… —murmuró la mujer doblando apresuradamente las hojas.

Pero Lily, consciente de que ocultar información era peor que

enfrentarla, tomó el periódico con firmeza. En primera plana, bajo un grabado poco favorecedor de su perfil durante el baile de los Cavendish, podía leerse: *"La heredera Bloom, bajo la tutela del conde libertino. ¿Inocencia a merced de la experiencia?".*

Un rubor de indignación trepó por su cuello. Cada palabra estaba diseñada para degradarla, para presentarla no como una mujer capaz de pensar por sí misma, sino como un juguete en manos del conde de Bourgh. Sintió un nudo formarse en la garganta, pero se obligó a leer hasta el final. El artículo insinuaba que Lily, inexperta en las artes de la sociedad, había caído bajo la influencia del célebre libertino, y que un compromiso precipitado podría estar gestándose en la sombra.

La taza de té tembló en manos de la señora Whitmore.

—Esto… Esto es un desastre, Lily. Los rumores viajan más rápido que la verdad. Debemos ser cautelosas.

—No, tía —replicó Lily con una calma que la sorprendió a sí misma —. No debemos escondernos. Lo que menos necesita Londres es creer que nos avergonzamos.

La mujer la miró con lágrimas en los ojos. Lily comprendía el miedo: una sola mancha en su reputación podría arruinar para siempre cualquier posibilidad de un matrimonio digno. Sin embargo, en su interior, una chispa de rebeldía ardía con fuerza. Había esperado respeto por su inteligencia y lo único que recibía eran conjeturas y juicios injustos.

***

Más tarde, en el jardín de invierno, Lily buscó refugio entre los rosales que aún resistían el frío tardío de noviembre. El silencio fue interrumpido por pasos seguros: Gabriel Montcrest, impecablemente

vestido, apareció como si hubiera sido invocado por el rumor mismo. Su sonrisa era indolente, el gesto de un hombre que se sabe inocente de todo salvo del encanto.

—Buenos días, señorita Bloom —saludó con un leve movimiento de sombrero—. Debo decir que se ve radiante, incluso bajo los ataques despiadados de la prensa.

—¿Lo llama ataque, milord? Yo lo llamaría difamación —replicó Lily cruzando los brazos.

—Oh, no lo tome tan en serio. —Gabriel tomó una rosa entre sus dedos y la olfateó con gesto distraído—. Los periódicos se alimentan de fantasías. Si no existieran, Londres moriría de aburrimiento.

Lily lo miró con incredulidad.

—Para usted puede ser un juego. Para mí es mi nombre y mi honor. Una sola palabra mal empleada basta para arruinarme la vida.

—¿Y cree que yo no lo sé? —Gabriel arqueó una ceja acercándose un paso—. He vivido bajo la mirada inquisidora de la sociedad más tiempo del que imagina. La diferencia, mi querida Lily, es que aprendí a disfrutarlo.

—Yo no —respondió ella con firmeza—. No pienso ser la marioneta de Londres, ni el entretenimiento de un conde aburrido.

El aire se tensó entre ellos. Gabriel la observó con nueva intensidad, como si de pronto comprendiera la magnitud de lo que estaba en juego. No era una debutante ingenua. Era una joven consciente de que el menor desliz podía condenarla.

Y, sin embargo, lo enfrentaba con la cabeza en alto.

Gabriel sonrió, aunque sin la misma ligereza de siempre.

—Admito que tiene razón. Tal vez la prensa no deba jugar con su nombre. Pero créame, Lily, el fuego de un rumor puede apagarse con otro aún más escandaloso.

—Entonces no me culpe si, la próxima vez, ese fuego lo consume

a usted —replicó ella girándose con dignidad.

Mientras se alejaba, Gabriel la siguió con la mirada, una mezcla peligrosa de fascinación y respeto encendiéndose en sus ojos.

Por primera vez en años, no tenía la última palabra. Y le gustaba más de lo que debería.

***

Esa misma tarde, otro rumor comenzó a circular: un segundo artículo estaba en preparación, y esta vez no se limitaría a la supuesta ingenuidad de Lily. Prometía revelar secretos sobre la herencia Bloom, sobre el pasado de su padre, y quizás, sobre lo que Londres no estaba preparado para escuchar.

Capítulo 3

La oferta indecorosa

El escándalo aún no se había disipado cuando la ciudad amaneció cubierta con nuevas ediciones de los periódicos.

Las imprentas parecían haber encontrado en la señorita Bloom una mina de oro inagotable. Cada hoja llevaba insinuaciones, comentarios maliciosos y, lo peor de todo, caricaturas en las que se la dibujaba como un cordero ingenuo llevado por la correa de un conde sonriente. La señora Whitmore apenas podía contener las lágrimas mientras desayunaban; para ella, cada línea impresa era un clavo más en el ataúd de la reputación de su sobrina.

Lily, sin embargo, había pasado del desconcierto inicial a una serenidad tensa. No podía permitir que la vieran vencida.

Sabía que el arma más poderosa en Londres no era el dinero ni el título, sino la apariencia de control. Si parecía inmune, los rumores perderían fuerza. Si mostraba debilidad, sería devorada. Esa mañana decidió, con la firmeza de quien se enfrenta a un campo de batalla, que no retrocedería.

Fue en la tarde, durante una merienda organizada por Lady

Desdémona Hawthorne, cuando el destino volvió a ponerla frente a Gabriel.

El salón rebosaba de damas ansiosas por escuchar de primera mano las novedades del escándalo, y los caballeros jugaban a apostar cuánto duraría la fama de la joven heredera. Lily soportó cada mirada, cada murmullo, con la gracia de una reina que sabe que no puede permitirse un traspié.

Gabriel apareció más tarde, tan impecable como siempre, con el aire insolente de quien se pasea sobre el filo del cuchillo sin temer cortarse. Sonrió nada más verla, como si todo el salón no existiera más que para esa coincidencia.

—Señorita Bloom —dijo inclinándose—. Confieso que Londres no había sido tan entretenido en años.

—Me alegra que encuentre diversión en mi desgracia, milord —respondió Lily con voz clara, asegurándose de que varias damas cercanas escucharan.

Gabriel no se inmutó. Al contrario, parecía deleitarse en el desafío. Se acercó un poco más, bajando la voz.

—Si Londres insiste en inventar historias, ¿por qué no darles una que los mantenga ocupados hasta Navidad?

Lily lo miró con recelo.

—¿Qué insinúa?

—Un cortejo fingido. Usted y yo, juntos en los lugares adecuados, con las palabras adecuadas. De esta manera los rumores acabarán por volverse aburridos cuando crean que ya conocen el desenlace.

—¿Un cortejo fingido? —repitió ella incapaz de contener una risa amarga—. ¿Cree que mi reputación es un tablero de ajedrez?

—Crea usted lo que desee —replicó Gabriel encogiéndose de hombros—. Yo lo llamo estrategia. Y la estrategia, mi querida Lily, puede salvar su nombre y, de paso, entretener el mío.

Ella lo observó largo rato. Cada fibra de su ser gritaba que aquello era una locura. Pero la alternativa era permitir que la sociedad la destrozara día tras día con rumores cada vez más crueles. Al final, suspiró.

—Acepto… con condiciones.

Los ojos de Gabriel brillaron, divertido.

—La escucho.

—Reglas claras. Yo decido dónde y cuándo aparecemos juntos. No habrá intimidad, ni gestos que puedan malinterpretarse. Y el acuerdo termina en Navidad. Ni un día más.

—Navidad… —repitió él como saboreando la palabra—. Qué fecha más apropiada para romper reglas.

Lily lo fulminó con la mirada.

—Si rompe una sola de ellas, el acuerdo se acaba.

—Lo prometo —dijo Gabriel, aunque la sonrisa torcida en sus labios dejaba claro que pensaba en lo contrario.

El pacto se selló esa misma noche, en el salón de baile de Lady Desdémona. Bajo los candelabros resplandecientes y la mirada ávida de la sociedad, Gabriel pidió a Lily un vals. Ella aceptó, sabiendo que todos esperaban ese gesto.

Mientras giraban, los murmullos cambiaban de tono: ya no era la víctima ingenua, sino la prometida en ciernes de un libertino redimido. La jugada había comenzado.

Pero mientras los violines los envolvían, Lily sintió un escalofrío. Sabía que estaba jugando con fuego, y que Gabriel Montcrest no era un hombre que respetara las reglas por mucho tiempo. Lo miró a los ojos, decidida, y pensó: *"Podrá ser su juego, pero las piezas esta vez las muevo yo".*

Y en el otro extremo de la pista, Lady Vane observaba con furia. El cortejo fingido era, para ella, una provocación. Y estaba dispuesta a

hacer todo lo necesario para que aquel pacto ardiera en llamas antes de que llegara la Navidad.

Capítulo 4

Reglas rotas

La residencia de Lady Clarisse Kensington brillaba aquella noche con un esplendor particular. Sus veladas eran famosas no solo por la música impecable y los vinos exquisitos, sino por la habilidad de la anfitriona para reunir en un mismo salón a políticos, artistas y aristócratas, todos convencidos de que la conversación ligera podía ocultar maniobras de gran peso.

Bajo los candelabros de cristal, el aire olía a canela y cera, y las notas de un cuarteto de cuerdas flotaban como una invitación al escándalo.

Lily Bloom entró con paso firme, consciente de las miradas que la seguían. El cortejo fingido con Gabriel Montcrest ya era un rumor consolidado, y esa noche muchos deseaban comprobar si la farsa resistiría un segundo baile. La señora Whitmore, a su lado, apretaba el abanico contra el pecho como si de un escudo se tratara. Pero Lily, aunque sentía el corazón desbocado, alzaba la barbilla con una dignidad que desmentía sus dudas.

Gabriel apareció poco después, impecable en su levita negra y con

la insolencia tranquila de quien se sabe esperado.

Los murmullos se intensificaron cuando cruzó el salón directamente hacia ella, sin detenerse a saludar a nadie más.

La inclinación de su cabeza fue ceremoniosa, pero sus ojos brillaban con un destello privado.

—Señorita Bloom, ¿me concedería este baile? —preguntó con una voz que parecía diseñada para que todos escucharan.

Ella no tuvo elección. Bajo el escrutinio de docenas de damas y caballeros, aceptó. Su mano enguantada reposó sobre la suya, y juntos se encaminaron al centro de la pista. El cuarteto inició un vals, y el mundo pareció contraerse hasta dejar solo la estrecha distancia entre ambos.

Desde el primer giro, la coordinación fue perfecta. Gabriel conducía con una seguridad elegante, y Lily, a pesar de su resistencia, se encontró respondiendo a cada movimiento como si hubieran practicado durante años. El salón entero los observaba, fascinado por esa armonía inesperada. Los murmullos se apagaron, sustituidos por el deslizar de sus pasos sobre el parquet.

—Admito que me sorprende, señorita Bloom —murmuró Gabriel mientras giraban—. No pensé que mis reglas le sentarían tan bien.

—No son sus reglas, milord. Son las mías —replicó ella con una sonrisa contenida—. Y no olvide que este acuerdo tiene límites.

—Límites… —susurró él inclinándose apenas más cerca—. Qué palabra tan curiosa para una mujer que rompe expectativas a cada paso.

Lily contuvo la respiración. Aquel murmullo estaba demasiado cerca, demasiado íntimo. Recordó sus condiciones: cero gestos que pudieran malinterpretarse. Y sin embargo, en ese instante, todo parecía malinterpretarse. Los latidos de su corazón competían con los violines, y el calor de la mano de Gabriel en su espalda la distraía

más de lo que se permitiría admitir.

Desde un rincón, Lady Clarisse observaba con ojos astutos. A su lado, Lady Desdémona Hawthorne dejó escapar una sonrisa cómplice. Ambas sabían reconocer a una de las suyas: una dama que, con o sin intención, estaba rompiendo moldes.

—La muchacha tiene temple —murmuró Clarisse.

—Y el conde… —añadió Desdémona—, parece haberse topado con un reto que no puede dominar.

El vals concluyó con un giro perfecto y una reverencia impecable. El aplauso fue inmediato, aunque teñido de murmullos que ya se propagaban como fuego en pólvora.

Gabriel inclinó la cabeza hacia Lily, y en lugar de la broma esperada, sus labios se curvaron en algo más serio.

—Curiosa… —susurró, apenas audible para ella.

No fue burla ni ironía. Fue un elogio íntimo, cargado de significado. Lily sintió un estremecimiento, un peligroso quiebre en su resolución. Esa palabra no estaba en las reglas. Ese susurro era una grieta en el pacto que había jurado mantener bajo control.

Mientras se retiraban de la pista, Lady Clarisse y Lady Desdémona intercambiaron una mirada de satisfacción. Londres podía llamarla heredera, debutante o escándalo. Ellas sabían que Lily Bloom era algo más: una inadecuada en potencia.

Y Gabriel Montcrest, el libertino más famoso de la ciudad, acababa de admitirlo sin proponérselo.

El rumor de la noche no fue el baile en sí, sino el modo en que él la había mirado. Como si, por primera vez, el conde hubiera encontrado algo que no podía poseer… pero sí admirar.

Y esa, pensó Lily mientras sentía aún el eco del susurro en su oído, era la grieta más peligrosa de todas.

Capítulo 5

La verdad entre líneas

La niebla de Londres parecía esa mañana más espesa que nunca. Los carruajes avanzaban como sombras difusas entre el humo de las chimeneas, y los pregoneros alzaban periódicos recién impresos con un fervor casi bélico: *"¡Bloom bajo sospecha! ¡La fortuna que no resiste la luz del día!"*, gritaban en cada esquina. La tinta fresca aún manchaba sus manos mientras lanzaban los ejemplares a los transeúntes ansiosos.

En los salones de Mayfair, las damas de sociedad hablaban del tema con voces que parecían teñidas de compasión, aunque en el fondo rezumaban deleite. Lady Montford, por ejemplo, sostuvo el diario con gesto escandalizado durante su desayuno.

—Pobrecilla, tan joven y ya arrastrada por la desgracia del apellido que lleva.

A lo que Lady Harcourt replicó, removiendo el azúcar de su té con calma calculada:

—Oh, no la compadezca demasiado, querida. Una dote tan generosa es capaz de limpiar cualquier mancha. Siempre habrá un

caballero dispuesto a cerrar los ojos a cambio de semejante fortuna.

Así circulaba el rumor: con palabras afiladas disfrazadas de piedad. Cada frase se repetía y deformaba, creciendo como una bola de nieve que amenazaba con sepultar a Lily Bloom.

En la residencia Whitmore, la atmósfera era de pesadumbre. La señora Whitmore intentó ocultar el periódico bajo un mantel al ver entrar a su sobrina, pero el temblor de sus manos la delató. Lily tomó el ejemplar con firmeza y lo leyó de principio a fin.

No eran insinuaciones vagas: el artículo hablaba de *"inversiones dudosas"* y *"acuerdos secretos"* del difunto Edward Bloom con financieros de reputación cuestionable. El nombre de sir Roland Pike aparecía escrito con claridad, como un fantasma que emergía de entre las sombras.

Un nudo le oprimió la garganta. No era lo mismo que cuando habían insinuado un compromiso con Gabriel; aquello, en cierto modo, le había resultado hasta absurdo. Pero esto… esto tocaba la raíz de su identidad. Apenas estaba aprendiendo a aceptar el apellido Bloom como parte de sí, y ahora lo veía cubierto de sospecha.

La señora Whitmore rompió el silencio con un sollozo.

—Esto nos destruirá, Lily. Nadie querrá recibirte en sus salones, y mucho menos hablar de matrimonio.

—No, tía —replicó ella con una calma que de nuevo la sorprendía a sí misma—. Lo que nos destruiría es callar. Londres se alimenta del silencio tanto como del escándalo. Y no pienso permitirlo.

Se encerró en su habitación con el periódico en la mano. Allí, sobre el escritorio, aún descansaban los documentos que el notario le había entregado semanas atrás. Hasta entonces no había tenido fuerzas para revisarlos. Pero ahora, cada hoja parecía clamar por su atención. Encendió la lámpara de aceite, abrió el ventanal apenas

para dejar entrar la bruma, y se dispuso a examinar el legado de un padre que había sido para ella casi un desconocido.

Uno a uno, desplegó balances, registros de inversiones, recibos de dividendos. Al principio eran solo cifras y sellos. Pero pronto su mente perspicaz comenzó a detectar inconsistencias: dos inversiones registradas el mismo día en lugares distintos; una firma fechada en un mes en que Edward Bloom se hallaba en Francia; intereses demasiado altos para ser creíbles.

Lily tomó un cuaderno y empezó a anotar, sus dedos manchados de tinta y la frente fruncida en concentración.

Recordó, mientras escribía, una tarde lejana de su niñez en que había visto a su padre por única vez antes de que desapareciera de sus vidas. Tenía la impresión de un hombre que hablaba poco, que miraba más allá de ella como si su mente estuviera ocupada en cosas que nunca podría compartir con una niña. ¿Había sido un visionario injustamente acusado, o un oportunista capaz de cualquier cosa por multiplicar su fortuna? La duda la mordía con fuerza.

Un golpeteo suave en la puerta interrumpió sus pensamientos. Gabriel Montcrest apareció en el umbral, apoyado con descaro en el marco, como si entrar sin invitación fuera un derecho natural. Su sonrisa era la misma de siempre, insolente y segura, pero sus ojos se posaron en los papeles con un brillo de interés.

—Trabajando tan temprano, señorita Bloom. Confieso que esperaba encontrarla suspirando entre flores, no hurgando en cuentas polvorientas.

—No todas las debutantes somos iguales, milord —replicó Lily sin levantar la vista.

Él avanzó y tomó uno de los papeles.

—Ah, números. Qué cosa tan tediosa…, salvo que escondan un secreto. ¿Busca algo en particular?

—La verdad —respondió ella con firmeza arrebatándole el documento—. Si mi padre cometió errores, debo saberlo. Y si alguien intenta usarlo contra mí, necesito pruebas para defenderme.

Gabriel la miró con una seriedad inesperada. Durante un instante desapareció el libertino insolente, y en su lugar apareció un hombre que entendía de luchas invisibles.

—La verdad, señorita Bloom, rara vez es un lugar seguro.

—Y aun así es el único terreno en el que pienso permanecer.

La tensión entre ambos era palpable. Gabriel se inclinó sobre la mesa, tan cerca que Lily pudo percibir el leve aroma a tabaco y madera de su chaqueta.

—Permítame ayudarla. No entiendo de balances, pero sé leer intenciones. Y sé que Pike no es un nombre que aparezca por azar en un rumor.

—¿Y por qué habría de confiar en usted? —preguntó Lily, desafiante.

—Porque, para bien o para mal, ya estamos enlazados en este escándalo. Si usted cae, yo también.

El argumento tenía lógica, aunque ella se resistía a admitirlo. Con un leve asentimiento, permitió que se quedara.

Revisaron los papeles juntos. Lily señalaba duplicaciones de cifras, Gabriel reconocía sellos de banqueros que habían patrocinado campañas políticas. Entre los murmullos y las notas apresuradas, sus manos se rozaron más de una vez. Ambos fingieron indiferencia, pero cada roce era un latido más rápido, una grieta más profunda en las reglas de su cortejo fingido.

Horas después, Lily encontró, entre un paquete de recibos, una carta doblada. La tinta estaba desvaída, pero la firma era inconfundible: *"Sir Roland Pike"*. El texto, breve, parecía una confesión: *"Confío en que nuestro arreglo permanecerá en la más*

estricta discreción. El tiempo nos dará la razón".

El silencio cayó como una losa. Lily sostuvo la carta con dedos temblorosos. Gabriel la observó, y por primera vez su voz perdió el tono ligero.

—Parece que los rumores ya no son solo rumores.

Lily apretó la carta contra su pecho. Su padre podía haber sido un hombre complejo, lleno de secretos, pero ella no permitiría que su apellido fuera enterrado sin luchar. Londres podía murmurar cuanto quisiera: ella estaba decidida a descubrir la verdad.

Y mientras las campanas de la ciudad repicaban la hora, supo que el verdadero escándalo apenas comenzaba.

Capítulo 6

Celos en la ópera

La noche de la ópera era, en Londres, más que un evento cultural: era una ceremonia social donde se decidía la suerte de las reputaciones. Esa velada, el Teatro Real resplandecía como un templo de luces y espejos. Carruajes llegaban sin cesar, lacayos abrían puertas con movimientos ensayados, y el rumor de las voces se elevaba como un coro paralelo que aún no había comenzado.

Lily Bloom se preparó con una calma tensa. La señora Whitmore supervisó cada detalle: el vestido de seda azul medianoche, el encaje marfil que bordeaba su escote con delicadeza, el recogido de su cabello adornado con perlas discretas.

Frente al espejo, Lily se preguntó si el reflejo que devolvía era el de una heredera digna de respeto o el de un personaje inventado por la prensa. El apellido Bloom pesaba sobre sus hombros, pero esa noche decidió llevarlo como armadura.

El carruaje avanzó lentamente entre la niebla espesa. Desde las ventanas, Lily veía a los vendedores de flores ofrecer ramilletes a los asistentes y a los niños voceando periódicos con titulares que aún

hablaban de su familia. Cada esquina parecía recordarle que era objeto de escrutinio. Cuando por fin descendió frente al teatro, el murmullo fue inmediato. Algunos suspiros de admiración, otros susurraron comentarios velados: *"Ahí está… la heredera Bloom."*

Al entrar al vestíbulo, los candelabros de cristal reflejaron su figura como si multiplicaran su presencia. El corazón le latía con fuerza, pero su andar fue firme. En el palco asignado, la señora Whitmore se acomodó primero. Lily tomó asiento, sintiendo la expectación del público.

Fue entonces cuando Gabriel Montcrest apareció. Impecable, con levita negra y chaleco bordado, avanzó con paso seguro. Saludó con una inclinación de cabeza que parecía ensayada para provocar suspiros y, al tomar asiento junto a Lily, el roce de sus hombros fue tan inevitable como intencionado.

—La ópera —murmuró él con sonrisa torcida— es el único lugar donde los cuchicheos tienen más eco que las arias.

—Entonces procure no darles material, milord —respondió Lily sin mirarlo directamente.

El telón se alzó y la música inundó el teatro. La soprano surgió con voz cristalina, y durante un instante Lily logró perderse en las notas. Sin embargo, no podía ignorar la sensación de ser observada. Desde los palcos cercanos, abanicos se agitaban como alas mientras labios susurraban su nombre. El verdadero espectáculo no estaba en el escenario, sino en ella.

El primer intermedio trajo consigo un torbellino de murmullos. Fue entonces cuando apareció Lady Selina Hargrave. Su figura destacaba como un rubí entre perlas: alta, elegante, envuelta en un vestido de satén color vino. Sus pasos eran firmes, y su sonrisa llevaba el filo de una daga.

—Gabriel —dijo con voz melódica inclinando apenas la cabeza—,

qué inesperado placer encontrarte aquí. Pensé que habías olvidado la dulzura de estos escenarios.

Gabriel sonrió con cortesía, pero su incomodidad fue evidente.

—Lady Selina, siempre es grato coincidir donde la belleza rivaliza con la música.

Ella giró entonces hacia Lily, estudiándola con ojos que brillaban de malicia.

—Y usted debe ser la señorita Bloom. Qué fortuna la suya… Aunque sospecho que mantener entretenido al conde debe de ser fatigoso. Créame, lo sé bien.

El aire del palco se congeló. Algunas damas fingieron distraerse con sus abanicos, aunque sus orejas estaban atentas. Caballeros en palcos cercanos ocultaron sonrisas tras las copas. La señora Whitmore se llevó la mano al pecho, horrorizada.

Lily, en cambio, no vaciló. Levantó la barbilla y, con voz clara que todos pudieron oír, replicó:

—Qué alivio, Lady Selina, saber que a pesar de su vasta experiencia ya no le quedan energías para intentarlo dos veces.

El golpe fue certero. Risas contenidas surgieron aquí y allá, mientras Selina palidecía antes de recomponerse.

—Ingeniosa. Ojalá conserve esa lengua cuando Londres se canse de ser benevolente.

—No necesito benevolencia cuando tengo mi apellido —sentenció Lily.

El murmullo se multiplicó. Selina se retiró con una sonrisa helada, derrotada en público. Gabriel, que había comenzado la escena con diversión, sintió un ardor extraño en el pecho. Celos. No el capricho pasajero del libertino, sino un aguijón profundo que lo incomodaba. La idea de que alguien pudiera herir a Lily, de que su nombre se viera en boca de otros, lo alteraba más de lo que estaba dispuesto a

admitir.

***

Durante el segundo acto, la música fue solo un rumor lejano para él. No podía apartar los ojos de Lily, que observaba el escenario con serenidad impecable. ¿Cómo podía mantenerse tan firme después de semejante provocación? Cuando el telón cayó de nuevo, se inclinó hacia ella, susurrando con voz tensa:

—No quiero volver a ver a otra persona jugar contigo de esa manera.

Lily le sonrió, serena, notando el tono celoso de él.

—No necesito que me defienda, milord. Pero agradezco que lo intente.

Esas palabras lo desarmaron más que cualquier insulto. Ella no buscaba su protección, no dependía de él. Y esa independencia era, precisamente, lo que lo atraía con fuerza peligrosa.

La velada avanzó entre arias y comentarios sociales. Algunos elogiaban la audacia de Lily, otros cuchicheaban sobre su insolencia.

Gabriel contenía el impulso de marcharse con ella, de alejarla de las miradas. Pero se obligó a mantener la compostura.

Cuando la ópera terminó, los aplausos fueron ensordecedores, aunque para Lily sonaron como un juicio ambiguo.

De regreso a casa, el carruaje avanzó lento entre la niebla. En el silencio, Lily palpó un sobre oculto entre los pliegues de su abrigo. Lo abrió en secreto. La nota, escrita con trazo apresurado, decía:

"La verdad sobre tu padre no se canta en escenarios, señorita Bloom. Se esconde tras telones mucho más oscuros".

Lily guardó la carta con cuidado. Era una amenaza, tal vez, pero también una pista. Mientras cerraba los ojos esa noche, comprendió

que los celos de Gabriel eran apenas un eco de un fuego mayor. El verdadero peligro se escondía en sombras más profundas, y ella no podía ignorarlo.

Capítulo 7

La verdad a medianoche

La casa Whitmore estaba en silencio cuando el carruaje dejó a Lily en la entrada. La señora Whitmore había subido temprano a sus aposentos, culpando a la velada en la ópera por el cansancio. Lily, en cambio, se sintió demasiado inquieta como para dormir. La carta encontrada entre sus pliegues pesaba más que cualquier joya. Subió con paso lento hacia la biblioteca, el único lugar donde podía respirar cuando las sombras de Londres parecían más densas que nunca.

Las llamas en la chimenea proyectaban un resplandor titilante sobre los lomos de los libros. Lily se acomodó en un sillón, desplegó la carta y la releyó palabra por palabra. *"La verdad sobre tu padre no se canta en escenarios, señorita Bloom. Se esconde tras telones mucho más oscuros".*

El trazo firme de la escritura parecía masculino, aunque deliberadamente disimulado. El papel era grueso, de calidad, con un sello de agua apenas visible. Lily lo giró bajo la luz y distinguió un símbolo: un pequeño halcón en pleno vuelo.

—Interesante elección de refugio —interrumpió una voz grave.

Lily se sobresaltó. Gabriel Montcrest estaba de pie en el umbral, apoyado contra el marco de la puerta, observándola con esa mezcla de insolencia y misterio que parecía natural en él. Su chaqueta estaba desabrochada y su cabello, un poco revuelto. No lucía como el conde impecable de los salones, sino como un hombre que había caminado de madrugada en busca de respuestas.

—¿Acostumbra irrumpir en bibliotecas ajenas pasada la medianoche? —preguntó Lily guardando la carta con disimulo.

—Solo cuando sospecho que alguien intenta cargar con un peso mayor del que debería —replicó él.

Se acercó lentamente. El crujir del piso de madera fue el único sonido además del crepitar del fuego. Cuando se sentó frente a ella, el silencio adquirió una nueva densidad. Lily sostuvo su mirada. Decidió no hablar de la carta, al menos no todavía. En su lugar, preguntó:

—¿Qué lo trae aquí, milord? ¿O debería suponer que disfruta interrumpiendo las vigilias de las damas?

—Quizá ambas cosas. —Sonrió, aunque sin la ligereza habitual—. Pero esta noche… me preguntaba qué espera usted realmente de todo esto. De su temporada, de su apellido recuperado, de un matrimonio.

Lily parpadeó, sorprendida. No esperaba una pregunta tan directa.

—Supongo que espera usted que diga lo que la sociedad desea oír —dijo con calma—: que busco un marido honorable, con fortuna, título y ambiciones. Que me resigno a ser adorno de su brazo y guardiana de su apellido. Pero no es eso lo que deseo.

Gabriel se inclinó hacia adelante. En sus ojos oscuros brillaba una curiosidad genuina.

—¿Entonces qué desea?

Lily respiró hondo. Sus manos se cerraron con firmeza sobre el regazo.

—Respeto. Y libertad. Quiero que mi voz se escuche dentro de mi matrimonio, que mis opiniones cuenten tanto como las de él. No quiero ser encerrada ni tratada como un objeto valioso que se guarda bajo llave. Quiero caminar al lado de alguien, no detrás.

Las palabras flotaron en el aire, más audaces de lo que ella había planeado. Pero no se arrepintió. Gabriel guardó silencio largo rato, observándola con una expresión que oscilaba entre la sorpresa y la admiración.

—Respeto y libertad —repitió en voz baja, como probando el sabor de esas palabras—. Sabe que eso la convierte en anomalía dentro de estos muros.

—Prefiero ser anomalía antes que una sombra —respondió Lily.

Gabriel soltó una leve carcajada, pero no de burla. Fue una risa amarga, con un matiz de cansancio.

—Habla con tanta claridad… Y yo llevo años ocultando lo que pienso tras una sonrisa.

Por primera vez, Lily lo vio sin la máscara del libertino. El brillo en sus ojos se volvió sombrío. El fuego de la chimenea dibujaba sombras sobre su rostro, resaltando las líneas de una herida que no era física.

—¿A qué se refiere? —preguntó con suavidad.

Gabriel se recostó en el sillón, exhalando como quien libera un peso guardado demasiado tiempo.

—Cuando era más joven —comenzó—, me convencí de que el amor podía desafiar a los convencionalismos. Hubo una mujer…— Hizo una pausa, como si las palabras costaran—. Creí que me elegía a mí, pero eligió un apellido más poderoso. Me usó como pasatiempo, nada más. Desde entonces, aprendí que el afecto se

compra o se roba, nunca se entrega sin condiciones.

Lily lo observó en silencio. No había nombres ni detalles, pero la herida era evidente. Se dio cuenta de que ese recuerdo había moldeado al hombre que la ciudad conocía: el conde que jugaba con los corazones para no ser nunca más vulnerable.

—Quizá —dijo ella con delicadeza— lo que aprendió no fue la lección correcta. Quizá alguien sí podría elegirlo a usted, no a su título.

Él alzó la mirada, sorprendido por su franqueza. Durante un instante, no hubo máscaras. Solo un hombre que se sabía desnudo ante una verdad incómoda.

El silencio se prolongó. El fuego crepitaba. Afuera, el reloj de la ciudad comenzó a dar las doce campanadas de medianoche. Cada golpe marcaba la intensidad de lo no dicho entre ambos.

Gabriel se inclinó hacia ella. No la tocó, pero la distancia era tan corta que Lily sintió el calor de su proximidad.

—Usted es… peligrosamente distinta, señorita Bloom —murmuró.

—Y usted —respondió ella sin retroceder— es demasiado humano para el papel de libertino que interpreta.

Las palabras los envolvieron como un pacto secreto. Gabriel se puso de pie con un gesto brusco, como si necesitara romper el hechizo. Se despidió con una inclinación breve y salió de la biblioteca. El eco de sus pasos resonó largo rato en el pasillo.

Cuando el silencio regresó, Lily volvió a desplegar la carta. Bajo la luz de la chimenea, notó el símbolo del halcón con más claridad.

Un detalle que antes había pasado desapercibido. Era más que un mensaje anónimo: era una llave hacia algo oculto.

Mientras doblaba el papel y lo guardaba contra el corazón, supo que la medianoche no solo había revelado verdades entre dos personas, sino también un misterio que no podía ignorar. Y en ese

cruce de secretos, respeto y libertad quizá fueran más que un ideal: podían ser la única salvación.

Capítulo 8

Primer beso sin excusas

La tormenta había comenzado con la discreción de un susurro y pronto se convirtió en un rugido implacable.

El cielo de Londres, encapotado y violento, parecía decidido a poner a prueba la paciencia de la ciudad y la fortaleza de quienes osaban desafiarlo. Calles enteras se anegaban, los faroles chisporroteaban con el viento, y cada trueno hacía temblar los cristales de las casas señoriales. En medio de aquel caos, un carruaje se detuvo con brusquedad, dejando a Lily Bloom empapada, con los cabellos en desorden y el corazón acelerado.

Buscando refugio, corrió hacia una vieja caseta de carruajes abandonada en las afueras de Mayfair. El espacio era estrecho, húmedo, apenas iluminado por la luz de un relámpago ocasional que se colaba por las rendijas de la madera. El olor a tierra mojada y a madera vieja se mezclaba con el aroma de la lluvia que golpeaba sin clemencia. El vestido, antes impecable, se pegaba a su piel con incomodidad. Lily se abrazó a sí misma, intentando calmar el temblor que no provenía solo del frío, sino de la tensión que

arrastraba desde hacía días: rumores, miradas inquisitivas, la sensación de que Londres entero la observaba como un espectáculo ambulante…

No estaba sola.

Unos segundos después, la puerta del refugio se abrió de golpe, sacudida por el viento. Gabriel Montcrest, conde de Bourgh, apareció envuelto en su capa negra, empapado, la mirada encendida como si acabara de retar al mismo cielo. Durante un instante se miraron en silencio. La tormenta afuera rugía, pero lo que llenaba el espacio era la presencia ineludible de aquel hombre. El refugio, que había sido simple cobijo, se transformó en escenario de una tensión largamente contenida.

—Señorita Bloom —dijo Gabriel quitándose la capa con un ademán elegante, impropio de aquel lugar—. Al parecer, la tormenta no distingue entre debutantes y libertinos.

Lily, temblando más por el peso de la situación que por el frío, encontró su voz.

—La tormenta, milord, suele desnudar lo que somos. A algunos les arranca las máscaras. A otros… los abriga mejor que sus propias capas.

Él arqueó una ceja, divertido y desarmado a la vez. Extendió su capa hacia ella.

—Está helada. No me sirve a mí, pero puede servirle a usted.

Lily dudó. Tomar ese abrigo era aceptar un gesto de intimidad peligrosa. Rechazarlo, en cambio, sería un desplante innecesario. Con el corazón golpeando con violencia, aceptó. El peso de la tela húmeda la envolvió, y con él, la sensación de que algo irrevocable acababa de suceder. Gabriel respiró más hondo al verla cubierta por su capa, como si ese simple acto fuese una conquista secreta.

La lluvia arreció golpeando el techo con furia. El espacio reducido

los obligaba a permanecer cerca, demasiado cerca. Lily podía sentir el calor de él atravesando la tela, podía escuchar el ritmo contenido de su respiración.

Los segundos se estiraban como si el tiempo se hubiese convertido en cómplice de algo prohibido. Y entonces, sin plan, sin palabra previa, el beso sucedió.

No fue un roce tímido. No fue una excusa. Fue un choque intenso, urgente, nacido de todo lo que habían reprimido hasta ese instante. Gabriel tomó el rostro de Lily con una firmeza que no era dominio, sino súplica, y sus labios se encontraron en una batalla sin ganadores ni vencidos. Lily, al principio sorprendida, respondió con una entrega que la aterrorizó más que la tormenta. Sus dedos se aferraron a la capa, su cuerpo lo buscó como si hubiese estado esperando ese contacto desde siempre. El sabor de la lluvia, el calor de su boca, la vulnerabilidad desnuda en medio de la furia del cielo: todo conspiraba para que ese beso no tuviera fin.

El trueno acompañó su abrazo, el relámpago iluminó sus rostros brevemente, y ninguno de los dos quiso apartarse.

Cuando por fin se separaron, respirando con dificultad, el silencio se llenó de lo inevitable.

—Esto… —murmuró Lily con los labios aún temblorosos— no debió ocurrir.

Gabriel, todavía demasiado cerca, contestó en un susurro:

—Y sin embargo, ocurrió. Y no me arrepiento.

Ella retrocedió un paso, apretando la capa contra sí como si fuera un escudo. El corazón le latía con fuerza desbocada, pero encontró fuerzas para responder:

—Si pretende que lo olvide, lo haré. Si pretende que finja, lo haré. Pero no me pida que me engañe: lo recordaré siempre.

Él la miró con una intensidad que no se parecía a las sonrisas

ensayadas ni a las conquistas narradas en los clubes.

Era otra cosa: vulnerabilidad y deseo mezclados con miedo. Finalmente, asintió.

—Entonces lo olvidaremos… juntos. Al menos de puertas afuera.

La tormenta empezó a amainar, pero lo que había estallado entre ellos no podía apagarse. Al salir del refugio, la ciudad seguía siendo la misma, pero Lily y Gabriel no.

Había un beso que, aunque sepultado bajo juramentos de olvido, sería la grieta luminosa imposible de negar.

***

Aquel mismo día, al regresar cada uno a su mundo, el recuerdo del beso se convirtió en una sombra persistente.

Lily, de vuelta en la residencia que compartía con su institutriz, intentó leer, coser, escribir cartas. Nada funcionó.

Cada palabra escrita parecía torcerse hacia un mismo punto: los labios de Gabriel. Su mente le repetía que había cometido un error imperdonable, pero su corazón se negaba a arrepentirse.

Gabriel, por su parte, se encerró en su biblioteca, con la copa de brandy intacta y la mirada fija en el fuego.

Había besado a muchas mujeres antes, pero ninguna de esas memorias lo perseguía como esa. Ninguna lo había dejado con el alma temblorosa y el orgullo hecho añicos. Era consciente de que, con ese beso, había roto todas las reglas que él mismo había impuesto. Y, sin embargo, no quería deshacerlo.

***

Los días siguientes, ambos fingieron normalidad. Se saludaron en un baile e intercambiaron frases corteses en un salón. Pero cada gesto, cada palabra, llevaba la marca de aquel beso. Una mirada sostenida más de lo permitido, un rubor inesperado, una sonrisa contenida. Los rumores, aún en silencio, parecían acechar, como si el mundo hubiera percibido la grieta sin necesidad de pruebas.

El beso en el refugio de carruajes había cambiado todo. No importaba cuánto lo negaran, ni cuántas máscaras quisieran volver a ponerse. La verdad había estallado, y Londres, tarde o temprano, lo descubriría.

Capítulo 9

El precio del apellido

El rumor había empezado como una chispa, casi imperceptible, en la penumbra de un salón cargado de voces.

Se propagó en abanicos que se abrían con mayor fuerza de la necesaria, en copas de vino que se detenían en el aire, en sonrisas demasiado rápidas para ser sinceras.

Londres tenía hambre de escándalo, y Lady Vane supo alimentarla.

Lily Bloom había llegado al té de la condesa de Norbury con la serenidad entrenada de una debutante que ya sabía lo que era vivir bajo la lupa. Vestía de azul profundo, sencillo pero elegante, con un camafeo heredado de su madre prendido al pecho. Cada detalle había sido escogido con precisión: nada demasiado llamativo, nada que pudiera interpretarse como ostentación indebida. Y, aun así, los ojos la seguían como si llevara una corona robada.

Fue en medio de aquella velada que Lady Vane se acercó. Su andar era una coreografía de poder: pasos calculados, abanico manejado con precisión quirúrgica, sonrisa tan suave como un filo

escondido. La rodeaban damas jóvenes y caballeros ansiosos de complacerla. El murmullo se aquietó apenas lo suficiente como para escuchar.

—Señorita Bloom —dijo Vane con voz dulce—. Qué fortuna tenerla aquí. Londres aún comenta la bendición que supuso el reconocimiento de su apellido. Aunque, claro, toda bendición conlleva un precio.

El silencio se volvió pesado. Lily sostuvo su mirada, recordando cada lección aprendida de Clarisse y Desdémona: no dar terreno, no mostrar miedo.

—Un precio, milady, que asumo con gratitud. No todos reciben la oportunidad de honrar un nombre con obras.

Vane sonrió, inclinando apenas la cabeza.

—Honrar… sí. Pero también proteger. Y es difícil protegerse sola. ¿Ha considerado el ofrecimiento de mi sobrino? Es un joven excelente. Un compromiso con él resolvería tantos temores de la sociedad. Y de la prensa.

Hubo un murmullo, apenas sofocado. Lily percibió el movimiento de abanicos, los ojos expectantes, el pulso colectivo de un salón que ansiaba verla doblegarse. El corazón le latió con violencia, pero su voz no titubeó.

—Agradezco la preocupación, milady. Pero no necesito un guardián. Mi apellido se defiende con la verdad, no con alianzas forzadas.

La sonrisa de Vane se tensó, apenas un segundo, pero suficiente para que Lily supiera que había tocado la fibra correcta. La condesa se inclinó, fingiendo dulzura.

—La verdad, señorita, suele ser maleable. Y si no se dobla, se quiebra. Confío en que sabrá elegir a tiempo. Nadie quiere verla caer en desgracia.

El aire se llenó de cuchicheos. Lily, manteniendo la compostura, inclinó la cabeza con respeto y se retiró del centro del salón. Pero la semilla estaba plantada.

Londres había sido testigo de la amenaza: un escándalo si no aceptaba. Un precio impuesto a su apellido.

***

Esa misma noche, al regresar a casa, encontró un sobre entre sus pertenencias. La caligrafía era inconfundible: la del notario Talbot. Con las manos temblorosas lo abrió.

En el interior, una carta amarillenta, la tinta apenas desvaída, firmada por su padre. El corazón de Lily se detuvo un instante.

"Hija:

Si esta carta llega a ti, significa que el tiempo que nos fue negado se ha cumplido en otra forma. No pude darte mi apellido en vida como debí hacerlo, pero no renuncio a él en memoria. Dentro de estas cuentas, hallarás cifras y nombres que no deben quedar impunes. Cuida de tu nombre como cuidarías de tu libertad: no lo entregues jamás a quien lo reduzca a moneda. Si algún día te dicen que tu apellido tiene un precio, ríe. Porque Bloom no se compra, se honra."

Las lágrimas nublaron sus ojos. La voz de su padre, a pesar de la distancia y la ausencia, llegaba clara y contundente. Había dejado más que un apellido: había dejado un legado de resistencia.

Gabriel apareció poco después, convocado por la propia Clarisse, que había intuido lo ocurrido. La encontró en la biblioteca, la carta aún en la mano. Sus ojos se encontraron, y por un instante no

fueron libertino y debutante, sino dos seres enfrentando el peso de un apellido y de un futuro que se estrechaba sobre ellos.

—¿Lo ve? —dijo Lily con la voz rota—. Mi padre lo sabía. Sabía que habría quienes intentarían comprarme. Que usarían su nombre como moneda.

Gabriel se acercó despacio.

—Y también sabía que usted no se dejaría comprar. Esa carta no es una advertencia, es un recordatorio: usted no está sola. No mientras yo pueda hacer algo al respecto.

Lily bajó la mirada, atrapada entre la vulnerabilidad y la furia.

—¿Y si el precio es demasiado alto?

Él sostuvo su mentón con suavidad, obligándola a mirarlo.

—Entonces lo pagaremos juntos. Y lo convertiremos en victoria.

***

El murmullo de los rumores seguía creciendo. Los periódicos insinuaban compromisos, los salones cuchicheaban, y Lady Vane preparaba su red con paciencia. Pero ahora, a pesar de las sombras de la amenaza, Lily tenía una carta.

Una promesa de su padre. Y un aliado inesperado en Gabriel Montcrest.

El precio del apellido Bloom estaba sobre la mesa. Y ella estaba lista para decidir cuánto estaba dispuesta a pagar… y a quién jamás le entregaría su herencia.

Capítulo 10

La carta cifrada

La carta encontrada por Lily la noche anterior no era solo un recordatorio del apellido, ni un consuelo de su padre ausente.

Era un mapa.

En apariencia, se trataba de una hoja con sumas y restas, nombres de supuestos proveedores y fechas dispersas.

Pero los ojos atentos de Lily, entrenados por su afición a la lectura y su memoria precisa, notaron algo extraño: ciertas cifras se repetían en secuencias exactas, como si se tratara de un patrón oculto. Y, al pie de página, un símbolo extraño: un halcón dibujado con trazos torpes.

Se encerró en la biblioteca durante horas, repasando cada número, cada inicial.

Gabriel la encontró inclinada sobre la mesa, los rizos sueltos cayendo sobre el papel, el ceño fruncido en concentración. No hizo ruido al entrar; simplemente se apoyó contra el marco de la puerta y la observó un instante. Había en ella una fuerza serena que lo desarmaba más que cualquier disputa en un club o cualquier duelo

de ingenio en los salones.

—No es un inventario —murmuró Lily sin levantar la vista—. Es un mensaje. Y estoy empezando a entenderlo.

Gabriel avanzó, curioso.

—¿Un mensaje?

Ella alzó los ojos, brillantes de determinación.

—Mi padre ocultó nombres en estas cifras. Mira: cada número corresponde a una letra según el alfabeto. Las sumas encubren iniciales. Y todo apunta a un mismo apellido: Pike.

Gabriel se inclinó sobre la mesa, siguiendo sus indicaciones. Reconoció el patrón de inmediato.

—Sir Roland Pike. El banquero.

Lily asintió.

—Si esto es correcto, mi padre sabía que Pike estaba detrás de transacciones ilícitas. Y lo más grave: usaba a herederas como garantía. Dotes, nombres, futuros… todo convertido en colateral.

El silencio se volvió espeso. Afuera, la ciudad continuaba con sus ruidos de carruajes y campanas, pero en esa biblioteca parecía que el tiempo se hubiera detenido.

Gabriel pasó una mano por su cabello, frustrado.

—Esto es demasiado grande. Pike no es un don nadie; tiene influencia, aliados, poder en la prensa. Atacarlo sin pruebas sólidas sería suicida.

—Entonces reuniremos las pruebas —replicó Lily con una firmeza que lo sorprendió—. No puedo permitir que el apellido que acabo de recibir se convierta en cómplice de un crimen. Y no permitiré que otras jóvenes sufran lo mismo.

Gabriel la miró, desconcertado y fascinado a la vez.

—Habla como si llevara años en estas batallas.

—He llevado años observando —respondió ella—. Ahora es

momento de actuar.

Él sonrió con ironía, pero sin burla.

—Tiene el espíritu de una estratega. Y, para mi desgracia, me está contagiando. Muy bien, señorita Bloom. Use mi red. Tengo contactos en periódicos, banqueros descontentos, incluso editores que le deben favores a mi apellido. Si Pike está implicado, tarde o temprano dejaremos rastro de su red.

Ella apretó la carta entre sus dedos.

—No lo haré si no es juntos. No quiero ser una muñeca de salón a la que se protege sin voz ni voto. Si de verdad va a ayudarme, será como aliado, no como guardián.

Gabriel sostuvo su mirada unos segundos. Luego asintió despacio.

—Juntos, entonces. Una alianza real. No fingida.

Ese fue el inicio de algo más que un cortejo fingido. Fue el nacimiento de un pacto que ponía en riesgo sus vidas y reputaciones. Y ambos lo sabían.

***

Las primeras pesquisas comenzaron en silencio. Gabriel usó sus contactos para obtener extractos de transacciones recientes. Lily, con paciencia, comparaba los patrones con la carta de su padre. Descubrieron que varias jóvenes herederas habían sido citadas en cuentas dudosas, y que las mismas iniciales aparecían en diarios menores, como si se tratara de pruebas disfrazadas de chismes sociales.

Una noche, mientras revisaban un lote de documentos en la biblioteca, Lily se detuvo al sentir un frío extraño en la nuca. Se levantó, cruzó la estancia, y vio algo por la ventana: una sombra fugaz que se apartaba demasiado rápido, como si alguien los

hubiera estado vigilando.

—Gabriel —susurró—. No estamos solos.

Él se acercó, siguiendo su mirada. El jardín estaba vacío, pero el portón se balanceaba suavemente, como si alguien acabara de empujarlo. Se tensó, con los instintos de un hombre acostumbrado a los juegos peligrosos.

—Entonces Pike ya sabe que lo seguimos —dijo con voz grave.

Lily cerró la cortina, con el corazón acelerado.

—Y eso significa que vamos por el camino correcto.

***

La carta cifrada no solo había señalado un nombre. Había sellado una alianza. Lily y Gabriel, que hasta hacía poco fingían un cortejo para despistar rumores, ahora compartían un objetivo real: desenmascarar a Sir Roland Pike. Y mientras el peligro crecía en las sombras, también crecía entre ellos algo mucho más difícil de ocultar que un secreto: la confianza.

Al día siguiente, una nota anónima fue dejada en la puerta de Montcrest House. Un halcón dibujado y una frase en tinta negra: *"Retrocedan o pagarán el precio del apellido Bloom".*

Capítulo 11

Ensayo de compromiso

Las amenazas comenzaron como un murmullo invisible: una nota deslizada en un carruaje, un mensajero que aseguraba haber confundido la dirección, un comentario demasiado específico en un salón abarrotado. Lily y Gabriel comprendieron que su pesquisa contra Sir Pike había dejado de ser un secreto. Alguien —quizás el propio banquero, quizás el halcón que firmaba las advertencias— los estaba observando de cerca.

En los días que siguieron, el riesgo se volvió palpable. Gabriel recibió la visita de un conocido editor, quien con voz temblorosa le ofreció una suma considerable para abandonar el asunto. El dinero provenía de "manos anónimas", pero no hacía falta investigar demasiado para reconocer el origen. Lily, por su parte, fue interceptada en la galería de arte por un caballero que fingió querer ofrecerle un elogio y terminó deslizando un consejo venenoso: *"Si quiere conservar el brillo de su nombre, no se acerque a las sombras de Pike".*

La tensión alcanzó su punto más alto una tarde de lluvia, cuando

Gabriel apareció en Bloom House con gesto sombrío.

Lily lo recibió en la biblioteca, donde las cartas cifradas y los papeles heredados de su padre aún cubrían la mesa.

—Esto no puede seguir así —dijo Gabriel con voz grave—. Pike no se detendrá, y la sociedad ya huele sangre. Si seguimos como hasta ahora, usted será la primera en caer.

Lily lo miró con la serenidad que solo se consigue después de noches de insomnio.

—¿Sugiere que renuncie?

—Sugiero que nos protejamos —replicó él—. Con un compromiso.

Las palabras flotaron en el aire como un disparo inesperado. Lily parpadeó, incrédula.

—¿Un compromiso?

Gabriel avanzó unos pasos, las manos entrelazadas a la espalda.

—De mentira, claro. Una estrategia. Si la sociedad cree que estamos comprometidos, Pike no podrá tocarla sin arriesgarse a un escándalo mayor. Y Lady Vane no tendrá argumentos para arrastrar su apellido por el barro. Estar bajo mi nombre le dará un escudo.

El corazón de Lily latía con fuerza, aunque su expresión permanecía firme.

—¿Un escudo o una cadena?

Gabriel se detuvo, sorprendido. Ella se levantó, caminando hacia la ventana. La lluvia golpeaba los cristales con fuerza, como si replicara el pulso de sus pensamientos.

—Aceptaré —dijo al fin girándose hacia él—. Pero con una condición: investigaremos a Pike juntos. No me ocultará nada, no tomará decisiones sin mí. Si hemos de fingir un compromiso, entonces también fingiremos una alianza perfecta. Y quizá descubramos que no todo es fingido.

El silencio se volvió denso. Gabriel la observó con una mezcla de

admiración y desconcierto. Durante años había jugado a ser el libertino indomable, dueño de su destino. Pero en esa biblioteca, frente a esa joven que acababa de desafiarlo, comprendió que nunca había conocido lo que significaba realmente ser un aliado.

—Juntos, entonces —dijo con voz ronca.

***

El anuncio del compromiso se propagó con la velocidad de un incendio en verano. Los periódicos lo publicaron como una confirmación, los salones lo celebraron con sonrisas hipócritas, y Lady Vane frunció el ceño con tal fuerza que su abanico casi se partió en dos. Lily y Gabriel se convirtieron en la comidilla de Londres, pero bajo la fachada de promesa romántica se ocultaba un pacto de guerra.

La primera prueba llegó durante un baile en casa de los Ashworth. Lily descendió por la escalera con un vestido marfil que acentuaba la sobriedad de su porte. Gabriel la esperaba al pie, ofreciendo su brazo con una cortesía tan impecable que parecía ensayada. Cuando se unieron en la pista, el salón contuvo la respiración. La pareja bailó con una sincronía que no podía fingirse del todo: sus movimientos eran fluidos, sus miradas demasiado cómplices para ser teatrales.

—Lo está haciendo bien —murmuró Gabriel mientras giraban—. La mitad de la sala cree que estoy rendido a sus pies.

—La otra mitad cree que soy una ingenua atrapada en sus redes —replicó Lily con una sonrisa helada.

Él soltó una risa breve.

—Entonces, estamos logrando justo lo que necesitamos: que hablen.

Pero en medio de aquella danza, Gabriel cometió un error. La miró

de un modo distinto: no como actor en un teatro social, sino como hombre sorprendido por la mujer a quien sostenía. Lily percibió el cambio y apartó la mirada, temblorosa. Las reglas del fingimiento empezaban a resquebrajarse.

***

En paralelo, la investigación avanzaba. Con la ayuda de Clarisse y Desdémona, lograron auditar discretamente a varios socios de Pike durante los bailes benéficos. Lily, ingeniosa, fingía conversaciones frívolas mientras obtenía datos cruciales. Gabriel presionaba a banqueros con su red de contactos. Cada detalle confirmaba lo que temían: Pike usaba dotes de herederas como garantía para préstamos secretos, atrapándolas en una red de deudas.

Una noche, al revisar documentos en la biblioteca de Montcrest House, Gabriel se inclinó demasiado cerca de ella al mostrarle un registro. Sus manos se rozaron. Ninguno se apartó de inmediato pero el silencio que siguió fue más intenso que cualquier confesión.

—Esto es peligroso —susurró Gabriel, aunque no se refería a Pike.

Lily respiró hondo.

—Lo sé.

***

Días después, durante un paseo público, un mensajero se acercó con un sobre sellado con el emblema del halcón. Dentro, una sola frase: *"El compromiso los protegerá de la sociedad, pero no de mí".*

Por primera vez, Gabriel comprendió que lo que habían iniciado iba mucho más allá de un fingimiento. Y Lily, al apretar el sobre

entre sus manos, supo que su alianza se había convertido en la única verdad que podían sostener frente a un enemigo invisible.

Capítulo 12

Punto medio

El peligro comenzó a tomar forma concreta cuando un carruaje sin distintivos intentó cerrarle el paso al coche de Lily al salir de una velada benéfica. El cochero maniobró con pericia y logró evitar el choque, pero el mensaje era claro: alguien buscaba asustarla.

Gabriel, al enterarse, estalló de furia contenida. Aquella no era ya una trama de rumores o amenazas veladas; era un intento de atentado. Pike estaba dispuesto a todo para silenciarlos.

Esa misma noche, Gabriel llegó a Bloom House y exigió verla. Lily lo esperaba en la biblioteca, los hombros aún tensos por el incidente. Él cruzó la estancia en silencio, con la tormenta escrita en sus ojos, y sin pensarlo tomó sus manos. Estaban frías, todavía temblorosas.

—¿Está bien? —preguntó con voz ronca.

Lily asintió, aunque la verdad era que aún sentía el miedo palpitando en el pecho.

—No fue nada.

—No me mienta —susurró él apretando un poco más sus manos

—. Estuve a punto de perderla.

Las palabras cayeron como un peso insoportable. Lily, conmovida, intentó apartar las manos, pero él no lo permitió. La sostuvo con una fuerza que no era posesiva, sino desesperada. Sus ojos se encontraron, y en ese instante todo el mundo exterior pareció desvanecerse. No había salones, ni rumores, ni apellidos. Solo dos personas en un punto de quiebre.

—Gabriel… —murmuró ella sintiendo cómo su voz temblaba.

Él bajó la mirada hacia sus dedos entrelazados.

—No sé en qué momento esto dejó de ser fingido. Pero ya no puedo distinguir dónde termina la estrategia y dónde empieza lo que realmente siento.

El corazón de Lily se agitó. Había deseado escuchar esas palabras y, al mismo tiempo, temía su verdad. Se obligó a respirar hondo, a recuperar algo de cordura.

—Si seguimos este camino, no habrá vuelta atrás. ¿Está dispuesto?

Gabriel levantó la vista. Sus ojos tenían una vulnerabilidad que jamás había mostrado en público.

—Estoy más asustado de perderla que de enfrentar a Pike. Eso debe decirle algo.

El silencio se volvió intenso, casi insoportable. Lily sintió que sus manos temblaban entre las de él, pero no las retiró. Aquel temblor era un espejo del de Gabriel. Estaban en el mismo punto: querían lo mismo, pero el miedo a romper las reglas los atenazaba.

***

Los días siguientes fueron una prueba constante. Actuaban en sociedad como la pareja perfecta, compartiendo bailes y cenas, pero

cada roce, cada mirada sostenida, les recordaba aquella noche en la biblioteca. El fingimiento se había vuelto insuficiente; lo que latía bajo la superficie era demasiado fuerte.

Una tarde, mientras investigaban en los archivos de un notario, Lily se inclinó para mostrarle una cifra y sus hombros se rozaron. Gabriel contuvo la respiración, consciente de lo cerca que estaba de perder el control. Lily, por su parte, cerró los ojos un instante, sintiendo el calor de su presencia como un fuego imposible de ignorar.

—Esto es una locura —susurró ella, más para sí misma que para él.

Gabriel la miró, la mandíbula tensa.

—Lo es. Pero no soy capaz de detenerlo.

***

El clímax llegó durante una velada íntima organizada por Lady Clarisse. En medio de la conversación trivial, un mensajero entregó a Lily un sobre con el emblema del halcón. Dentro, un papel escueto: *"Cada paso que das, lo doy contigo. Cada mirada que compartes, yo la observo. No eres dueña de tu destino".*

Lily palideció, y Gabriel lo notó de inmediato. Se retiraron discretamente a un pasillo lateral, donde él le arrebató el papel y lo leyó con el ceño fruncido.

—Nos están vigilando incluso aquí —gruñó.

Ella lo miró con firmeza.

—Entonces no dejaremos que nos intimiden. El miedo es lo que quieren.

Gabriel soltó una carcajada amarga.

—Dice esto mientras tiembla.

—Tiemblo porque no soy de hierro —replicó ella con la voz quebrada—. Pero sigo aquí, con usted. Eso debería bastar.

En ese instante, Gabriel la tomó de los hombros, inclinándose hacia ella. No fue un beso; fue algo más profundo. Un roce de frentes, una confesión muda de vulnerabilidad compartida. Sus manos temblaban, las de ella también.

Era la escena íntima que habían evitado durante semanas, pero ahora los envolvía con la fuerza de lo inevitable.

—No puedo prometerle que saldremos ilesos —susurró él—. Pero le prometo que no la dejaré sola.

Lily cerró los ojos, y por primera vez permitió que una lágrima descendiera por su mejilla.

—Eso es todo lo que quiero.

***

Esa misma noche, cuando Gabriel regresó a Montcrest House, encontró una pluma de halcón sobre su escritorio. Era la prueba de que el enemigo no solo los observaba… había estado dentro de su propia casa.

Capítulo 13

La trampa social

La noticia apareció primero en un periódico menor, casi escondida entre las columnas de chismes, pero no tardó en propagarse como fuego en pólvora seca: *"Compromiso inminente entre la señorita Lily Bloom y el conde de Bourgh".* El encabezado era lo bastante ambiguo para no ser desmentido de inmediato, pero lo suficientemente audaz para encender las lenguas de todo Londres.

Lily lo supo antes de ver el papel. Bastó con entrar al salón de Lady Fenton esa tarde para sentir las miradas.

Algunas la escrutaban con abierta envidia, otras con lástima anticipada, como si ya previeran su caída. El rumor había tomado forma sólida. Y, como siempre, Lady Vane estaba detrás.

Gabriel llegó más tarde, con paso elegante y el rostro tallado en mármol. Se abrió camino entre las conversaciones, inmune a los cuchicheos, pero Lily notó la tensión en su mandíbula. Cuando finalmente se encontraron, él inclinó la cabeza con cortesía, demasiado frío para ser íntimo.

—¿Lo ha visto? —preguntó ella en voz baja.

—Lo he visto —respondió él con un tono que no admitía matices.

El murmullo en la sala parecía crecer alrededor de ellos. Cada gesto, cada palabra, estaba siendo analizado.

Si Gabriel no formalizaba pronto, la sociedad entera asumiría que había rechazado a Lily tras haberla "usado" para un cortejo efímero. Y esa mancha sería imposible de borrar.

***

Lady Vane apareció poco después, sonriente como un depredador saciado. Se acercó con un grupo de damas jóvenes, todas expectantes.

—Ah, señorita Bloom, conde de Bourgh —dijo con tono meloso—. ¡Qué encantador verlos juntos! Me temo que la ciudad entera está ansiosa por recibir la confirmación oficial de su… unión.

Las damas rieron suavemente, como si compartieran un secreto. Lily sostuvo la mirada de Vane con dignidad, aunque por dentro hervía.

—Londres siempre ha sido impaciente —replicó con una sonrisa tranquila—. Pero la verdad se revela a su tiempo.

Vane arqueó una ceja, fingiendo sorpresa.

—Oh, querida, espero que ese tiempo no sea demasiado largo. Sería una pena que la ilusión se deshiciera antes de concretarse. Ya sabe cómo son los periódicos: un día ensalzan y al siguiente destruyen.

Gabriel dio un paso adelante. Su voz fue un filo contenido.

—Algunos periódicos viven de lo que se les alimenta, Lady Vane. Tal vez deberíamos preguntar quién les da de comer.

El ambiente se tensó. Vane mantuvo la sonrisa, pero sus ojos brillaron con furia.

—Solo me preocupa el bienestar de la señorita Bloom. Ser rechazada públicamente puede arruinar la vida de una joven. Estoy segura de que el conde no permitiría algo así… ¿Verdad?

El desafío estaba hecho. Gabriel no respondió de inmediato. El silencio, aunque breve, fue suficiente para desatar cuchicheos en el salón. Lily sintió la presión de todos esos ojos sobre ella. Si Gabriel no hablaba, la condena recaería en su nombre.

***

Más tarde, en un rincón apartado, Lily lo enfrentó.

—No puede quedarse callado. ¿Entiende lo que significa para mí?

Él la miró, sombrío.

—¿Y qué quiere que diga? ¿Qué jugaremos a casarnos para contentar a Londres?

—Quiero que entienda que no es un juego —replicó ella con un nudo en la garganta—. Mi apellido, mi futuro, mi libertad dependen de esto.

Gabriel exhaló con fuerza, apartando la mirada.

—He pasado toda mi vida esquivando cadenas. Y ahora me pide que me ponga una al cuello.

Lily lo observó con mezcla de dolor y rabia.

—No es una cadena. Es una decisión. Y si no puede tomarla, entonces quizá Lady Vane haya ganado.

***

La noche terminó con un silencio incómodo entre ellos. Las inadecuadas —Clarisse, Desdémona y las demás— cerraron filas en

torno a Lily, protegiéndola de los comentarios más crueles. Pero en su interior, la joven sentía que algo se resquebrajaba. La investigación contra Pike parecía alejarse bajo el peso de los rumores y las expectativas sociales.

Al regresar a casa, Lily encontró en su escritorio una nueva carta. No llevaba firma, solo el dibujo de un halcón y una frase inquietante: *"El orgullo de tu conde será tu perdición".*

Y por primera vez, temió que el enemigo no tuviera que destruirlos desde fuera. Bastaría con dejar que su vínculo se rompiera desde dentro.

Capítulo 14

La humillación

La tarde del té en casa de Lady Selkirk prometía ser tranquila, al menos en apariencia.

Las mesas estaban adornadas con flores frescas, las bandejas rebosaban de pasteles y las conversaciones giraban en torno a trivialidades.

Pero Lily intuía el peligro antes de verlo: el modo en que algunas damas la observaban de reojo, las sonrisas demasiado calculadas, los cuchicheos que se silenciaban apenas ella pasaba.

Gabriel había insistido en acompañarla, y aunque no estaban oficialmente comprometidos, su sola presencia a su lado había sido suficiente para encender nuevas murmuraciones. Se sentó junto a ella con gesto impasible, como si nada pudiera afectarlo. Lily, en cambio, percibía cada mirada como un peso adicional sobre sus hombros.

Fue Lady Vane quien transformó la reunión en una trampa. Esperó el momento justo, cuando todas las damas estaban reunidas en torno a la mesa principal, y con una sonrisa encantadora levantó su

copa.

—Por nuestra querida señorita Bloom —anunció con voz clara—, cuya fortuna y apellido se han convertido en tema de tanto interés. ¡Que pronto halle el lugar que le corresponde al lado de un caballero digno!

Las palabras parecían un brindis inocente, pero el énfasis en "digno" hizo que varias damas rieran por lo bajo. Alguien murmuró: *"Si es que el conde de Bourgh se decide de una vez…".*

La humillación estaba servida.

Lily sintió el calor subirle al rostro. Antes de que pudiera responder, Gabriel se puso de pie.

—Lady Vane, no recordaba que su talento fuera la comedia. Si busca entretenimiento, sugiero que invite a músicos, no que convierta a sus invitadas en objeto de burla.

El salón se tensó. Algunas damas se llevaron las manos a los labios, horrorizadas; otras disfrutaron del espectáculo.

Vane, sin perder la compostura, inclinó la cabeza.

—No pretendía ofender, milord. Solo expresar el deseo de que la señorita Bloom no se vea arrastrada a juegos… pasajeros.

Gabriel iba a replicar, pero Lily lo detuvo, poniéndose también de pie. Su voz sonó firme, clara, sin temblor.

—No necesito que nadie me defienda. Y mucho menos que me conviertan en trofeo de disputas ajenas.

El silencio que siguió fue absoluto. Gabriel la miró, sorprendido, como si no hubiera esperado aquel rechazo público.

Vane sonrió apenas, satisfecha de haber sembrado la discordia. Y Lily, con el corazón latiendo con furia, se retiró de la mesa, dejando atrás un murmullo ensordecedor.

***

En el carruaje de regreso, Gabriel rompió el silencio primero.

—Intentaba protegerla.

—¿Protegiéndome o protegiéndose a usted mismo? —replicó Lily, la mirada fija en la ventana.

Él apretó la mandíbula.

—No puedo quedarme de brazos cruzados mientras la convierten en blanco de sus burlas.

—Y yo no puedo permitir que mi vida se reduzca a un campo de batalla para su orgullo —dijo ella girándose hacia él—. No soy un trofeo que usted exhibe para callar a sus enemigos.

Las palabras lo golpearon con más fuerza que cualquier bofetada. Por primera vez, Gabriel no encontró una réplica inmediata. Permaneció en silencio, mirándola con una mezcla de frustración y algo más profundo, más vulnerable.

***

Mientras tanto, la investigación del halcón seguía su curso oscuro. Esa misma noche, al llegar a Bloom House, Lily encontró una nueva carta en su escritorio. El símbolo del halcón estaba dibujado con más precisión, como si el autor quisiera mostrar que estaba cerca, demasiado cerca. El mensaje era breve: *"Las humillaciones de los salones son solo el inicio. Lo peor aún está por venir".*

Lily comprendió que los ataques sociales y las amenazas no eran hechos aislados, sino parte de un mismo plan destinado a quebrarla. Y que, para sobrevivir, necesitaría decidir si confiaba en Gabriel de verdad… o si debía enfrentar al halcón sola.

Capítulo 15

Agencia de Lily

Lily Bloom había comprendido que, si quería sobrevivir a la red de intrigas que se cerraba sobre ella, no podía limitarse a reaccionar. Tenía que actuar. Lady Clarisse Kensington y Lady Desdémona Hawthorne lo entendieron al instante. Aquellas damas, veteranas de mil batallas sociales, se convirtieron en su consejo secreto.

—Un baile no es solo música y vestidos —explicó Clarisse con el brillo calculador en los ojos—. Es una oportunidad para escuchar lo que los hombres dicen cuando creen que nadie los oye. Y Pike no podrá resistirse a alardear de sus éxitos financieros frente a quienes cree sus aliados.

Desdémona asintió, inclinándose hacia Lily.

—Si lo auditamos en los bailes benéficos, podremos seguir el rastro de su dinero. Londres se desarma en las fiestas. Y los secretos siempre se cuelan entre las copas de champán.

Así nació el plan. Lily, con el corazón latiendo con fuerza, aceptó su rol. No sería una heredera pasiva esperando a ser rescatada.

Sería una agente en su propia causa.

***

El palacio brillaba con la magnificencia de los días previos al Adviento. Candelabros encendidos, mármoles relucientes, músicos afinando violines que parecían suspender el aire. Los invitados ascendían la escalinata con un murmullo reverente.

Era el baile más esperado de la temporada, y Lily entraba en él con la certeza de que cada paso sería observado.

Gabriel la esperaba al pie de la escalera. Vestía con impecable sobriedad, y al verla descender, se permitió una sonrisa que no fue del todo fingida. Ella, en un vestido de seda color perla, parecía irradiar una luz serena que contrastaba con el murmullo expectante de la corte.

—Ensayo de compromiso —murmuró él ofreciéndole el brazo.

—Y de confianza —replicó ella con una chispa en los ojos.

Caminaron juntos hacia el salón principal, donde la reina presidía desde un estrado adornado con coronas de muérdago.

El protocolo exigía reverencias y saludos, pero el verdadero espectáculo era la manera en que Gabriel y Lily se movían como si fueran uno solo. Sus miradas, sus gestos, transmitían una complicidad que iba más allá de la estrategia.

Los murmullos se multiplicaron. Algunos lo interpretaban como prueba de un amor consolidado; otros, como un engaño demasiado perfecto. Pero lo que nadie podía negar era que, esa noche, formaban la pareja más observada de Londres.

***

Durante el baile, Lily fingió interés en conversaciones triviales mientras recogía fragmentos de información.

Un banquero ebrio mencionó a Pike y su *"seguro colateral"*. Un político deslizó un nombre que coincidía con las cifras escondidas en la carta de su padre. Gabriel, desde el otro extremo del salón, le lanzó una mirada de complicidad.

La auditoría en movimiento estaba dando frutos.

Entonces llegó la primera grieta. Un criado entregó a Lily una nota doblada. Ella la abrió discretamente y sintió el pulso acelerarse: un halcón dibujado, acompañado de las palabras: *"Él miente. No confíes en él".*

La tinta aún estaba fresca. El mensaje había sido escrito dentro del propio palacio.

Lily ocultó la nota en su abanico, pero el veneno ya estaba sembrado. ¿Quién quería separarlos? ¿Y por qué hacerlo en ese momento, frente a toda la corte?

***

Mientras tanto, Gabriel enfrentaba su propio desafío. Una dama cercana a Lady Vane se le aproximó, sonriendo con demasiada familiaridad.

—Dicen que protege mucho a la señorita Bloom. ¿O acaso es que aún no se ha liberado de sus viejas conquistas?

Las palabras eran una trampa, una mentira perfecta diseñada para llegar a oídos de Lily. Gabriel la apartó con frialdad, pero comprendió que el ataque era doble: socavar la confianza de Lily y obligarlo a reaccionar bajo la mirada de la corte.

***

El clímax de la velada llegó cuando la reina pidió ver a la pareja en el centro del salón.

Bajo las ramas de muérdago, los dos tuvieron que sostener el peso de todas las miradas. Gabriel tomó la mano de Lily, y aunque el gesto era parte del ensayo de compromiso, sus dedos se apretaron con una intensidad que revelaba más de lo que debía. Ella lo sostuvo, aun con la nota del halcón ardiendo en su abanico.

El silencio en la sala se rompió con un aplauso solemne. La corte aprobaba. Pero en el corazón de Lily y Gabriel, la duda había germinado: ¿Serían capaces de mantener la confianza cuando el enemigo se infiltraba con tanta astucia?

***

Al retirarse del palacio, Lily encontró otra nota en su carruaje. Era la misma caligrafía, el mismo símbolo del halcón. Y esta vez, solo tres palabras: *"Ya elegiste mal".*

Capítulo 16

La red del conde

Gabriel Montcrest nunca había tenido problemas para manipular a banqueros ni a editores. Su reputación de libertino, sumada a su fortuna, bastaba para abrir puertas. Pero esta vez, cuando necesitaba que esas puertas se mantuvieran abiertas para destapar la red de Pike, se encontró con un obstáculo inesperado: la desconfianza.

En los pasillos de los clubes más exclusivos, los murmullos eran claros: *"El conde de Bourgh anda jugando a héroe porque quiere impresionar a su heredera".*

Algunos banqueros lo escuchaban con cortesía, pero luego se negaban a entregar los registros que pedía. Otros lo despachaban con sonrisas hipócritas y evasivas. Su pasado estaba regresando para morderlo en el peor momento.

Gabriel comprendió entonces que, para obtener lo que buscaba, tendría que presionar más allá de la etiqueta. Convocó a viejos conocidos en su despacho privado, hombres que le debían favores de juego, inversiones o silencios. Uno a uno, los enfrentó, exigiendo

documentos y extractos. La mayoría se resistió, pero poco a poco logró arrancar confesiones veladas: Pike utilizaba las dotes de herederas jóvenes como garantía de préstamos ocultos. Si las familias no podían pagar, las herederas quedaban atrapadas en compromisos forzados.

***

Mientras Gabriel libraba su batalla en los clubes, Lily avanzaba desde otra trinchera. Con la ayuda de Clarisse y Desdémona, organizó una red de observación durante los bailes benéficos. Las damas escuchaban, preguntaban, comparaban nombres. Al cabo de una semana, habían identificado a tres jóvenes cuyos apellidos aparecían en los registros sospechosos.

Lily sintió un nudo en el estómago al comprender la magnitud del hallazgo. Aquellas chicas estaban en peligro, tal como ella lo había estado. Y Pike seguía moviendo sus piezas con impunidad.

***

La respuesta del enemigo no tardó en llegar. Una tarde, Gabriel recibió un paquete en Montcrest House.

Dentro, un pañuelo de seda manchado de rojo. No era sangre, pero el mensaje era claro. Acompañaba al objeto una nota con el emblema del halcón: *"Protege a tu flor mientras aún florece. El invierno será implacable".*

Gabriel sintió un escalofrío. Era la primera amenaza directa contra Lily.

Esa noche, acudió a Bloom House con el semblante endurecido. La

encontró en la biblioteca, revisando los documentos con su habitual determinación.

—Tenemos que detener esto antes de que vaya más lejos —dijo él mostrándole la nota.

Lily palideció, pero no se dejó intimidar.

—¿Qué esperaba? Cada paso que damos les duele. No van a quedarse quietos.

—No se da cuenta del riesgo —replicó él con la voz cargada de furia contenida—. Podrían lastimarla.

Ella lo miró con firmeza.

—Ya lo intentaron, ¿recuerda? Y sigo aquí. No me apartaré ahora. No soy una dama de porcelana. Soy una Bloom. Y lucharé.

Gabriel apretó los puños, dividido entre la necesidad de protegerla y la certeza de que ella no aceptaría un encierro. Esa mezcla de fragilidad y fuego lo desarmaba por completo.

***

Al día siguiente, una noticia apareció en un diario aliado de Pike. No solo cuestionaba la honorabilidad de Gabriel, sino que insinuaba que él mismo estaba utilizando a Lily para limpiar su nombre. El ataque era doble: deslegitimar al conde y convertir a Lily en víctima de su supuesta manipulación.

Por primera vez, Gabriel se preguntó si sería capaz de mantenerla a salvo, mientras Lily, con la carta de su padre aún en sus manos, juraba que no se detendría hasta destruir la red de Pike y del halcón.

Capítulo 17

Doble golpe

La tensión que rodeaba a Lily Bloom había alcanzado un punto insostenible. Cada movimiento en los salones parecía vigilado, cada sonrisa se convertía en un cuchillo disfrazado, y hasta el aire de los pasillos resonaba con rumores que no podía acallar. El apellido Bloom había dejado de ser un escudo para convertirse en una cadena. Pero aquella mañana, en la biblioteca de Lady Desdémona, un nuevo resplandor iluminaba la batalla: por fin habían reunido pruebas concretas contra Sir Roland Pike.

Clarisse extendió sobre la mesa un paquete de documentos recogidos con sumo cuidado en bailes y tertulias benéficas. Eran recibos alterados, listas de donaciones que no cuadraba con los libros de contabilidad oficiales, y una serie de firmas falsificadas que vinculaban a jóvenes herederas con garantías bancarias que jamás habían autorizado. Lily los observó con creciente horror.

—Utiliza sus nombres como si fueran moneda de cambio —dijo con la voz firme pero la garganta seca—. No las ve como personas, sino como cifras.

Desdémona asintió, su abanico descansando sobre la falda.

—No se trata de caridad, sino de un sistema para blanquear dinero. Y lo hace con la complicidad de quienes prefieren mirar hacia otro lado.

Clarisse, siempre práctica, alzó la vista hacia Lily.

—Podríamos llevarlo a un magistrado, pero ¿qué nos asegura que el expediente no desaparezca antes del amanecer? Pike tiene manos largas y bolsillos profundos.

Lily se irguió en su silla.

—Entonces no lo llevaremos a un magistrado. Lo expondremos donde no pueda silenciarse: en un salón lleno de damas y caballeros, bajo la mirada de la corte y de la prensa. Si vamos a derribarlo, que sea a plena luz.

El plan estaba trazado. La duquesa de Ashcombe celebraba una velada esa semana, y allí acudirían los personajes más influyentes de Londres.

Sería el escenario perfecto. Clarisse y Desdémona intercambiaron una mirada cómplice: habían visto nacer en Lily algo más que rebeldía. Habían visto nacer una estratega.

***

El rumor llegó al caer la tarde, como un viento helado: alguien susurraba que el padre de Lily, el hombre que la había reconocido como heredera, no estaba muerto. Se hablaba de una inminente reaparición, de un regreso para "aconsejarla" en la elección de esposo. Lily recibió la noticia como si la hubiesen abofeteado. Durante años había convivido con la ausencia de ese padre, con la memoria distante de un hombre que nunca estuvo.

Ahora, cuando más vulnerable se encontraba, aparecía la sombra

de su nombre.

Gabriel escuchó el rumor en el club y regresó a la residencia con el ceño endurecido.

—Es una trampa —sentenció al entrar en la biblioteca—. Utilizan su apellido como arma, lo convierten en fantasma para doblegarla.

Lily lo miró, aún desconcertada.

—¿Y si no lo es? ¿Y si realmente…?

—No —la interrumpió con dureza—. Aunque hubiese vivido, ¿cree que aparecería ahora, como un espectro conveniente? Esto es obra del halcón.

Lily quiso creerle, pero el temblor de sus manos la delató. No podía descartar del todo la posibilidad.

***

La velada en casa de la duquesa de Ashcombe era un espectáculo de lujo y vigilancia. Los salones resplandecían con candelabros de cristal y las damas exhibían sedas bordadas como estandartes de poder. Lily, acompañada por la señora Whitmore, avanzó con la serenidad de una reina disfrazada de debutante. En su abanico llevaba escondidos los documentos: copias exactas de las pruebas contra Pike.

Clarisse y Desdémona la guiaron con maestría entre grupos de conversación. Un gesto de abanico, una pausa ante una mesa de juego, un saludo con demasiada cortesía… y un sobre cambiando de manos. Lily depositó pruebas en las palmas de dos periodistas conocidos por su independencia y en las de una condesa cuya influencia llegaba hasta la corte. Cada entrega era un latido de su corazón expuesto.

Gabriel la observaba desde la distancia. Se había prometido a sí

mismo mantener la calma, pero ver cómo Lily se exponía lo desgarraba. Quería correr, tomarla de la mano y sacarla de allí, lejos del peligro, pero comprendía que aquello la definía más que cualquier rumor: estaba reclamando su lugar en la partida. Sin embargo, las lenguas venenosas no tardaron en envenenar el aire.

—El conde de Bourgh solo la usa para limpiar su nombre —susurró un caballero con copa en mano, lo suficientemente cerca para herirlo —. ¿Acaso no lo ven?

Gabriel sintió cómo la sangre le hervía. Durante años había cultivado la fama de libertino, y ahora ese pasado se alzaba contra él como un juez implacable.

Por un instante, casi creyó en aquella acusación. ¿Y si todo lo que hacía era, en efecto, para redimirse a través de ella?

***

La confrontación llegó al final de la velada. Lily, agotada y consciente de la mirada sombría de Gabriel, lo llevó a un rincón apartado del salón.

—Si lo que buscan es difamarme, que lo hagan —dijo con un temple que asombraba—. Pero no permitiré que su orgullo me arrastre al abismo. Usted no necesita redimirse conmigo, Gabriel. Lo que necesita es decidir si lucha contra fantasmas o si lucha conmigo.

Él abrió la boca para responder, pero se encontró con su propia impotencia. Nadie le había hablado así jamás. Nadie le había arrancado la máscara con semejante claridad. Sintió que su orgullo, ese muro que había erigido durante años, comenzaba a resquebrajarse.

***

La noche terminó con un doble golpe. Las pruebas contra Pike ya circulaban discretamente, asegurando que el rumor de su corrupción alcanzaría a los periódicos en cuestión de días. Y al mismo tiempo, Lily recibió un sobre lacrado con cera oscura.

Dentro había un mensaje breve y perturbador: *"El apellido Bloom aún tiene voz. Escúchala en la medianoche".*

Lily apretó el papel hasta arrugarlo. Gabriel lo tomó de sus manos y lo leyó en silencio. Comprendió entonces que el enemigo había ampliado el campo de batalla. Ya no se trataba solo de Pike, ni del halcón. Se trataba de los fantasmas del pasado de Lily, invocados para quebrarla.

Esa noche, bajo el resplandor mortecino de las lámparas, Gabriel se juró que no permitiría que nada ni nadie la derrumbara. Ni Pike, ni el halcón, ni siquiera el apellido que llevaba como herencia. Pero sabía que la lucha por venir sería la más difícil: la lucha contra el pasado mismo.

Capítulo 18

La tentación

La noche había caído sobre Londres con una espesura inusual, como si las nubes mismas se hubiesen puesto de acuerdo para envolver la ciudad en un velo de incertidumbre. La nota que Lily había recibido en la velada anterior ardía aún en su memoria: *"El apellido Bloom aún tiene voz. Escúchala en la medianoche".* No había frase más capaz de corroer su serenidad. Había pasado toda su vida conviviendo con la ausencia de su padre y ahora, en el momento en que su nombre adquiría un peso político y social imposible de ignorar, alguien invocaba al fantasma de aquel hombre.

La joven se refugió en la biblioteca al regresar de la velada. El murmullo lejano de la servidumbre se apagó poco a poco, dejando la estancia bañada solo por la luz temblorosa de las brasas en la chimenea. Allí, entre el aroma a cuero de los volúmenes antiguos y el crujido tenue de la leña, buscaba un consuelo que sabía imposible de hallar. Cada rincón parecía susurrarle preguntas que no quería responder. ¿Y si era cierto? ¿Y si su padre estuviera vivo? ¿Qué significaba entonces su herencia, su lugar en aquel tablero social?

Gabriel entró tras ella, sin anunciarse. Cerró las puertas con un movimiento firme, que resonó como un sello inevitable. Durante el trayecto de regreso había permanecido en silencio, con el rostro endurecido y el cuerpo tenso. Ahora, en la penumbra íntima de la biblioteca, su presencia parecía ocupar cada espacio, cada sombra.

—Es una trampa —dijo al fin con voz baja pero cargada de gravedad—. El halcón sabe dónde herirla. Usar el apellido Bloom contra usted es el golpe más siniestro que podían imaginar.

Lily giró hacia él, con el abanico aún en las manos. Su piel estaba fría, aunque la chimenea ardía.

—¿Y si no lo es, Gabriel? ¿Y si realmente…?

Él dio un paso al frente, acortando la distancia entre ambos.

—No —replicó con dureza—. Aunque hubiese sobrevivido, ¿cree que aparecería así, como un espectro conveniente, en el momento en que más la pueden manipular? Es el halcón quien mueve los hilos. Y yo no pienso permitir que la arrastre con esas mentiras.

Sus ojos se encontraron. En los de Gabriel había furia, sí, pero también algo más: un miedo visceral que lo desarmaba. Y ese destello fue suficiente para quebrar la defensa de Lily.

***

El silencio que siguió no fue vacío: estaba cargado de todo lo que no se atrevían a decir.

Lily se acercó a la chimenea, como si necesitara el calor de las llamas para no sucumbir. Gabriel la siguió con la mirada, sin apartarse de la penumbra. La tensión entre ambos era un hilo invisible que podía romperse o volverse cadena.

Lily sintió que el aire pesaba.

—Lo que temo —confesó en un susurro apenas audible— no es

solo al halcón ni a Pike. A veces temo lo que siento cuando usted está cerca.

Las palabras flotaron en la penumbra como una confesión prohibida. Gabriel no se movió de inmediato; la respiración se le entrecortó. Finalmente, avanzó hacia ella. Sus manos quedaron a un palmo de las suyas, sin rozarlas.

—No sabe cuánto me gustaría aprovecharme de eso —dijo él, su voz grave rota por la contención—. Pero si lo hiciera, sería todo lo que dicen de mí. Y con usted… no quiero ser eso.

Lily lo miró, con el corazón desbocado. Dio un paso más, lo bastante para que su vestido rozara el abrigo de él. El roce de la tela fue más intenso que un abrazo. La respiración de ambos se mezcló, acelerada. Gabriel alzó la mano con lentitud y rozó con los nudillos la mejilla de ella.

El contacto fue tan leve que la hizo estremecer de pies a cabeza.

—Gabriel… —susurró, casi sin conciencia de lo que decía.

Él inclinó el rostro, hasta que sus labios quedaron a un suspiro de los de ella. El beso parecía inevitable. Lily sintió que se derretía por dentro, que su voluntad se disolvía. Pero en el último instante, Gabriel se detuvo. Sus labios apenas rozaron la frente de Lily. Fue un beso tan casto que resultó desgarrador.

Ella lo miró, con los ojos brillantes.

—¿Por qué?

Gabriel apartó la mano con lentitud.

—Porque lo que quiero de usted no es solo deseo. Es respeto. Es algo más grande que un arrebato de medianoche. Si cedo ahora, la perderé antes de haberla tenido realmente.

El silencio posterior fue atronador. Lily sintió un nudo en la garganta, no de rechazo, sino de la fuerza arrolladora de esas palabras. El fuego que había nacido entre ellos no se apagaba: se

transformaba en un lazo nuevo, más profundo.

***

Un golpeteo en la puerta rompió la tensión. La señora Whitmore apareció con un sobre en la mano.

—Acaba de llegar, señorita —anunció con un gesto inquieto.

Lily tomó la carta. El sello era distinto al de la anterior, pero el mensaje era igual de perturbador: *"Bloom no está muerto. Espera en la sombra. El halcón no miente."*

La sangre se le heló. Sus dedos temblaron tanto que el papel casi se le escapó. Gabriel se lo arrebató con brusquedad y lo leyó. La furia oscureció su mirada.

—¡Basta! —rugió arrugando el sobre entre sus manos—. No volverán a enredarla con estas falsedades. No mientras yo respire.

Lily apretó los labios, luchando contra las lágrimas. No podía evitar que cada palabra de aquella misiva se le clavara como un puñal. Si era mentira, era cruel. Si era verdad, su vida entera era una farsa. Y esa duda era justo lo que el halcón quería sembrar.

Gabriel lo comprendió al instante. Vio en su rostro el temblor de la esperanza mezclada con miedo, y supo que aquella era la verdadera batalla: no contra Pike, ni contra rumores, sino contra la propia identidad de Lily.

***

Esa noche no hubo besos prohibidos ni caricias furtivas. Solo hubo manos que temblaban al entrelazarse, respiraciones contenidas, promesas no dichas. Gabriel eligió la contención antes que la

conquista, y en esa renuncia se reveló distinto al libertino que todos murmuraban. Lily descubrió que, en esa negativa, él le ofrecía algo que nadie más le había dado: un deseo hecho respeto, un amor nacido de la paciencia y la protección.

El halcón había movido sus piezas con astucia, pero sin saberlo, había encendido en ellos un fuego imposible de apagar. No solo se deseaban: comenzaban a necesitarse como aliados. Y esa unión, nacida en la penumbra de una biblioteca y sellada con la renuncia de un beso, sería la chispa que haría arder todo lo que quedaba por venir.

Capítulo 19

La acusación

El amanecer trajo consigo un rumor que, en cuestión de horas, se convirtió en un rugido imposible de acallar: Sir Roland Pike había presentado una acusación formal contra la señorita Lily Bloom. La denunciaba por difamación, manifestando que ella estaba inventando historias para ensuciar su nombre y derribar sus negocios. Y no se detenía allí. El conde de Bourgh, Gabriel Montcrest, aparecía como cómplice y autor intelectual de semejante maniobra, acusado de usar a la joven heredera como pieza de un juego perverso para limpiar su propia reputación de libertino.

Las palabras impresas en la gaceta matutina eran un veneno calculado. *"Un conde arruinado en su honor, una joven ingenua enredada en artimañas y un apellido recién resucitado que podría marchitarse antes de florecer".*

El golpe estaba dado.

***

La noticia se propagó como fuego en los salones de Londres. Invitaciones fueron retiradas con discreción, miradas de recelo siguieron a Lily durante un paseo matutino con Desdémona, y hasta viejas conocidas fingieron no verla en Bond Street. La acusación no era un mero chisme: implicaba un riesgo legal real. Si Pike lograba demostrar la difamación, Lily podría perder no solo su reputación, sino su posición.

—Es un movimiento maestro —reconoció Lady Clarisse con el ceño fruncido—. Pike no solo busca defenderse; quiere destruirlos antes del Baile de Navidad. Si no limpian su nombre antes de esa noche, las puertas de Palacio se cerrarán para siempre.

Gabriel apretó los dientes, caminando como un animal enjaulado.

—Quiere forzarnos a una rendición anticipada. Pero se equivoca. No pienso entregar a Lily en el altar de su codicia.

Lily permaneció en silencio. Sentía el peso del papel de la gaceta aún en sus manos, las letras grabadas en su piel como una marca.

Difamadora. Manipulada. Juguete de un libertino. ¿Era así como la veían ahora?

***

No tardó en llegar un segundo golpe.

Esa misma tarde, otro diario publicó un artículo anónimo que iba más allá: insinuaba que el apellido Bloom estaba manchado por negocios turbios, que la herencia de Lily podría provenir de alianzas oscuras con financieros corruptos. *"¿Puede la sociedad confiar en una joven cuyo apellido se alza sobre cimientos dudosos?"* preguntaba la columna con un tono de falsa preocupación.

El halcón había dado un paso más audaz. No solo intentaba destruir su reputación presente; estaba reescribiendo su pasado.

—Quieren que dude de mí misma —susurró Lily mientras doblaba con manos temblorosas la hoja del periódico—. Quieren que me avergüence de mi nombre.

Gabriel se inclinó hacia ella, sus ojos ardiendo.

—Entonces no les dé ese poder. Usted es una Bloom, y si ese apellido pesa, lo cargaremos juntos.

Ella lo miró con un destello de incredulidad.

—¿Juntos? Hasta ahora, la sociedad solo ve en usted a un hombre que me manipula.

Gabriel la tomó de las manos con firmeza.

—Que me acusen de lo que quieran. Pero no permitiré que la arrastren sola. Si tengo que manchar mi nombre aún más para proteger el suyo, que así sea.

***

En la biblioteca de Desdémona, los cuatro —Lily, Gabriel, Clarisse y Desdémona— trazaron un plan desesperado. No bastaba con indignarse. Necesitaban pruebas irrefutables contra Pike, documentos que desarmaran la acusación y devolvieran el golpe antes del Baile de Navidad.

Clarisse recordó a un antiguo banquero dispuesto a hablar en privado; Desdémona sugirió presionar a ciertos editores que aún respetaban a Gabriel.

—Es una carrera contra el tiempo —advirtió Clarisse—. Si no lo logramos, la próxima velada en Palacio será su condena.

Lily se levantó, la espalda recta como una espada.

—Entonces no pienso esconderme. No soy solo una acusada. Soy una Bloom. Y si ese apellido me condena, no lo enfrentaré sola.

Gabriel la miró, y por primera vez en mucho tiempo, sintió que el

peso de su orgullo se convertía en un escudo.

—Entonces, maldita sea, lo enfrentaremos juntos.

***

Los días siguientes fueron un torbellino de maniobras discretas. Gabriel presionó a banqueros y editores, arriesgando su último vestigio de influencia. Lily, con Clarisse y Desdémona, auditó registros con una precisión casi quirúrgica, buscando la grieta que derrumbaría a Pike.

Pero el halcón no permanecía inactivo. Cada avance traía consigo una represalia. Un carruaje los siguió una noche hasta la residencia de Ashcombe. Un mensaje anónimo amenazó con revelar *"la verdadera historia de Bloom"* si continuaban. Y en más de una ocasión, Lily sintió que alguien la observaba desde la oscuridad, un halcón invisible acechando desde las alturas.

***

El clímax llegó cuando un contacto secreto de Desdémona les entregó un registro contable escondido en una caja de té. Era un libro menor, apenas un apéndice olvidado de las cuentas de Pike. Pero allí estaba la prueba: transacciones triangulares, nombres de herederas usados como garantía, cifras que no podían explicarse sin revelar la corrupción del hombre.

Junto al libro había una nota: *"El apellido Bloom es más peligroso de lo que creen".*

Lily lo sostuvo con manos frías. La advertencia era clara. Su padre, su apellido, su herencia: todo estaba tejido en la misma red.

Gabriel apoyó una mano sobre la de ella.

—Ya no hay marcha atrás. Pike nos ha acusado. El halcón ha movido sus piezas. Y ahora nosotros debemos dar el golpe final antes de que caiga la última campanada en el Baile de Navidad.

Lily respiró hondo. El miedo estaba allí, sí, pero también una nueva determinación. Si el apellido Bloom debía ser juzgado, lo sería de pie, y con Gabriel a su lado.

El destino ya no era solo suyo: era de ambos.

Capítulo 20

El ultimátum

La cuenta regresiva hacia el Baile de Navidad parecía medirse no en días, sino en respiraciones contenidas.

Londres había cambiado de color: las guirnaldas, los escaparates, las coronas de acebo en las puertas. Y, sin embargo, para Lily Bloom, cada adorno era un recordatorio de que su nombre pendía de un hilo.

Pike los había arrinconado con una acusación formal; el halcón apretaba la soga desde las sombras y Lady Vane —siempre impecable, siempre letal— preparaba su propia jugada.

Faltaban siete noches para el baile.

La mañana en la que llegó el ultimátum, la helada plateó los jardines de la casa de Lady Desdémona. El coche de Vane se detuvo frente a la verja con la precisión de un péndulo. La dama bajó envuelta en pieles, con el mismo gesto con el que una ejecutora afila la hoja antes de un acto público. La servidumbre la dejó pasar; nadie tenía derecho a negar la entrada a una dama de tal rango. Lily la recibió en el salón menor, un espacio amable con cortinas crema y

el perfume tenue de los jacintos tempranos. No había estrado ni público, pero Vane hizo que todo pareciera un escenario.

—Señorita Bloom —saludó con una inclinación mínima—. Lamento inmiscuirme en su mañana. Temo que la urgencia no me permite más delicadezas.

Lily se mantuvo en pie. Había aprendido que sentarse frente a Vane era ceder terreno.

—La escucho, Lady Vane.

Vane dejó su manguito en una mesa como quien deposita una ofrenda.

—Su situación es… por decirlo con delicadeza, frágil. Pike la ha denunciado. La prensa olfatea sangre. El halcón… —Sonrió midiendo la reacción de Lily— digamos que hay caballeros influyentes que no verían con agrado que su apellido recibiera más luces. Pero todo problema tiene una solución elegante. Y yo traigo una.

—¿Cuál es el precio de su elegancia? —preguntó Lily sin apartar la mirada.

—Rompa con el conde de Bourgh. Hoy. Con una nota breve, digna, que cierre el capítulo de esa… —Hizo una pausa deliberada— imprudencia. Acto seguido, acepte la mano de mi sobrino. El compromiso se anunciará en la víspera del Baile de Navidad. Yo misma me encargaré de que la acusación de Pike muera por inanición. La prensa sabrá que usted es una dama sensata que corrigió su desvío juvenil, y los círculos sociales volverán a sonreírle.

El silencio que siguió fue más un vacío que un abismo. Lily lo sostuvo en los ojos. Vio, por un instante, la infancia sin padre, el apellido concedido como sentencia, la dignidad aprendida a latidos. También vio el rostro de Gabriel cuando había detenido el beso en la biblioteca, no por frialdad, sino por respeto. Y supo que esa era su frontera.

—No —dijo.

Vane entrecerró los ojos.

—¿No?

—No soy mercancía de rescate. No soy un trofeo para limpiar la sala de té de nadie. Si caigo, caeré de pie. Con honor.

La sonrisa esmaltada se curvó apenas.

—El honor no paga abogados, señorita Bloom. Ni repara reputaciones.

—El honor alimenta la conciencia —respondió Lily—. Y, con suerte, también a los aliados.

Vane recogió el manguito sin prisa.

—Créame, perderá más que un baile. Ganará un invierno entero de puertas cerradas. Piénselo. Tiene hasta el anochecer. Después, no podré… interceder.

La dama se retiró dejando una estela de perfume caro y un eco de amenaza. Lily no se permitió temblar hasta que la puerta se cerró.

Entonces apoyó la mano sobre la mesa para anclar el pulso. No era la primera vez que la peinaban con cuchillos. Pero ahora sabía, con una certeza nueva, que su decisión fijaría el rumbo no solo de una temporada, sino de su vida.

***

Encontró a Desdémona en la biblioteca, leyendo con una calma que solo engañaba a los desconocidos.

—Vino Vane —dijo Lily.

—Lo sé —respondió la señora sin alzar la vista—. He contado los minutos. ¿Cuál es el precio esta vez?

—Gabriel. Y mi apellido, a cambio del suyo

—Ah. —Desdémona cerró el libro—. La vieja operación de trueque

sentimental. ¿Qué respondió?

—Que no.

Desdémona tardó un latido en sonreír, leve, orgullosa.

—Entonces hoy somos más pobres en invitaciones, pero más ricas en nosotras.

Clarisse llegó poco después con noticias de la ciudad. Cada frase añadía una capa a la presión: un editor insinuaba que, si Lily rompía con el conde, habría tregua; un banquero sugería que la fortuna Bloom debía "purificarse" con un matrimonio sensato; una dama influyente advertía que, de seguir con Gabriel, a Lily la harían bailar sola en Navidad.

—Están midiendo su espalda —dijo Clarisse con dureza—. Quieren saber cuánto peso aguanta. Y cuánto está dispuesto a cargar él.

Gabriel no tardó en aparecer. Llegó con la helada aún en los hombros y una noticia en los ojos.

—Vane no perdió el tiempo.

—La recibí —confirmó Lily—. Y la rechacé.

Él cerró los párpados un instante, como si una cuerda dentro de su pecho se aflojara.

—Entonces también debo rechazar lo que me ofrecieron a mí.

—¿También a usted? —preguntó Desdémona.

—Una tregua a cambio de desaparecer —dijo con ironía—. Volver a ser el libertino útil: lejos de ella y de los tribunales.

—¿Y qué respondió? —preguntó Clarisse.

—Que no sabían con quién hablaban.

La tarde fue un tablero de mensajes. De la imprenta llegó un artículo anónimo que elevaba el tono:

"Si la señorita Bloom desea honrar su apellido, debe apartarse del conde de Bourgh y aceptar una unión que devuelva confianza a la ciudad".

No hacía falta firma: el estilo olía a Vane y al halcón. Desdémona tiró el papel al fuego.

—No alimentaremos a los cuervos.

—Ni a los halcones —añadió Lily.

El plan de defensa ya no admitía medias tintas. Clarisse extendió sobre la mesa los hilos recogidos en semanas de auditar bailes, donaciones, firmas y transferencias. Tenían un libro menor del sistema de Pike, un banquero dispuesto a hablar si lo cubrían y dos periodistas que aceptarían publicar en víspera de Navidad con pruebas sólidas.

Faltaba el golpe final: un documento que demostrara que Pike no solo usaba dotes, sino que compraba silencios en los tribunales y en la prensa.

—Lo tiene alguien cercano al Tesoro —dijo Clarisse—. Un secretario con la conciencia más frágil que su sueldo.

—Lo asusta el halcón —terció Desdémona—. Lo asusta vivir; lo asusta hablar; lo asusta callar.

—Entonces daremos algo mejor que miedo —dijo Gabriel—. Le daremos una salida. Y protección.

***

Anochecía cuando otra carta resbaló bajo la puerta. No traía sello, pero el papel era delgado y caro. Lily la abrió con cuidado.

"Último aviso: rompa con Bourgh y todo se olvida. O traiga a Bourgh al baile y lo veremos caer".

—Es un ultimátum público disfrazado de privado —dijo Desdémona.

—Y un error —opinó Gabriel—. Si van a mostrar las cartas en Navidad, podremos mirar sus manos.

—¿Responderemos? —preguntó Clarisse.

—No con tinta —respondió Lily—. Con pruebas.

***

La noche siguiente, Lily, Gabriel y Clarisse salieron con pretextos distintos hacia una casa de té discreta cerca del río.

El secretario del Tesoro esperaba en un reservado, con el miedo apretándole los nudillos.

—Yo no… —tartamudeó—. No soy enemigo de nadie. Solo… se mueve dinero. A veces el dinero… el dinero necesita nombres.

—Nombres de herederas —completó Lily—. Dotes convertidas en garantía sin consentimiento. ¿Cuánto le pagó Pike?

El hombre tragó saliva.

—No… Pike no. Alguien por encima. Él es… el ejecutor.

—¿El halcón? —preguntó Gabriel.

El secretario hizo un gesto vago, como si temiera que la palabra invocara una sombra.

—Eso no lo digo. No sé. Hay cartas. Y firmas.

—Muéstrelas —pidió Lily con suavidad—. Y tendrá protección. No solo del conde. De nosotras.

Le costó cuatro intentos sacar del maletín una carpeta encerada. La dejó sobre la mesa como si soltara un carbón encendido. Dentro, encontraron lo que necesitaban: cartas con seudónimos repetidos, instrucciones para mover dinero a través de obras benéficas, listas con iniciales de jóvenes y cifras idénticas a las registradas en los bailes.

—¿Por qué ahora? —preguntó Gabriel.

—Porque… —El hombre se cubrió el rostro—. Porque una de esas iniciales es mi hija. Alguien la corteja. No quiero que sea una cifra

más.

Lily contuvo el impulso de tomarle la mano.

—La entenderán —dijo—. Muchos padres lo harán.

—Y muchos más preferirán no saber —replicó Desdémona.

Acordaron un plan: copias discretas, una caja segura en manos de un notario leal y una entrega cronometrada a los dos periodistas en la víspera del baile.

—Si alguien cae antes de tiempo —advirtió Clarisse—, querrán fabricar otro escándalo para taparlo: la "renuncia de Bloom" o el "abandono del conde".

—No habrá renuncia —dijo Lily—. Ni abandono.

—No por nuestra parte —añadió Gabriel.

***

El regreso fue tenso. Un carruaje oscuro los siguió durante dos calles y luego desapareció como un pez bajo la corriente.

Gabriel ordenó doblar tres veces por callejones que olían a carbón. No habló hasta que estuvieron a salvo.

—No les basta con amenazas de tinta —dijo—. Si creen que la llevaré al baile desprotegida, no me conocen.

—No me lleva —corrigió Lily—. Voy porque quiero. Y porque debo.

***

Los días siguientes condensaron un invierno. Vane multiplicó invitaciones que no eran invitaciones, sino trampas para medir la docilidad de Lily.

La señora Whitmore recibió una misiva cortés en la que se

“rogaba” que su sobrina se presentara a tomar el aire en Kensington con el sobrino de Vane.

—¿Responderemos? —preguntó la señora, contenida.

—Sí —dijo Lily—. Con silencio.

—El silencio es la más elegante de las ofensas —aprobó Desdémona.

Mientras tanto, Gabriel trabajó su red con una intensidad que sorprendió incluso a sus viejos enemigos. Apareció en despachos donde antes solo dejaba risas; habló con banqueros sin guiños ni apuestas; ofreció garantías firmadas por notarios y respaldadas por dos casas comerciales dispuestas a perder favores con tal de salvar su propio prestigio si la tormenta se desataba.

—Creí que no sabías escribir otra cosa que tu nombre en cartas de amor —le dijo un editor cínico, hojeando las copias de las cartas del Tesoro.

—Aprendí tarde —contestó Gabriel—. Pero llego a tiempo.

A dos noches del baile, el rumor de un “arreglo” entre Lily y el sobrino de Vane volvió a circular. Esta vez traía detalles: que la joven había cedido por el bien de su apellido; que el conde de Bourgh, con “dignidad” aceptaba retirarse. Nadie en la casa de Desdémona necesitó preguntar de dónde había salido la historia. Lily se levantó del escritorio con una calma no típica de ella.

—Quieren mi miedo en titulares —dijo—. Les daremos nuestra estrategia en los pliegos.

Mandaron pequeñas invitaciones —auténticas— a un círculo selecto de damas con memoria larga y lengua precisa. No para tomar el té, sino para “entregar bendiciones navideñas”. En cada sobre, Clarisse incluyó un breve extracto de las cartas del Tesoro: sin nombres completos, pero con suficiente sustancia para que ninguna de esas damas pudiera dormir sin contarle a su sombra lo que había

leído.

—Si las damas hablan —dijo Desdémona—, Londres cantará.

La víspera del baile amaneció con una luz fría y clara, como si el cielo se hubiese puesto de gala para presenciar una coronación o un linchamiento. Lily se vistió con una sencillez calculada: perlas pequeñas, seda marfil, el cabello recogido sin joyas ostentosas.

—No iremos a suplicar —dijo frente al espejo—. Iremos a mirar a los ojos.

La señora Whitmore, que había visto crecer a la niña sin apellido, le ajustó el guante con dedos que temblaban.

—Tu madre estaría orgullosa —murmuró.

—Mi madre me enseñó a caminar —respondió Lily—. Hoy necesito recordar cómo se sostiene la cabeza.

Antes del mediodía, Vane envió su última carta: no llevaba amenazas, solo una línea escrita con tinta perfecta: *"Le conviene elegir la salvación."* Lily la sostuvo un segundo y luego la dejó caer en la bandeja.

—Elijo —dijo—. Pero no eso.

Esa tarde, en la biblioteca, Gabriel llegó con el rostro más oscuro que el cielo.

—Han ofrecido dinero a los periodistas para que retrasen la impresión de la edición de mañana.

—¿Cedieron? —preguntó Clarisse.

—Uno no —respondió él—. El otro pidió tiempo. Le di pruebas nuevas. Y un plazo: esta noche.

—Entonces estamos en manos de la tinta —dijo Desdémona.

—Y de la verdad —añadió Lily—. La tinta se borra; la verdad, no.

Gabriel la miró como si hubiese visto encenderse una lámpara.

—Si salimos de esta —dijo con una sonrisa que era más promesa que alivio—, le debo un baile real. Uno que no sea ensayo.

—El Baile de Navidad servirá —respondió Lily, y por un instante la habitación pareció menos invernal.

Cayó la noche. Un mensajero dejó bajo la puerta un pequeño paquete sin remitente. Dentro, una pluma de halcón, real, ennegrecida en la punta y una tarjeta: *"Las alas se quiebran donde el orgullo se inclina".* Gabriel cerró los dedos sobre la pluma hasta que se la clavó.

—Que intenten quebrarlas —dijo—. Aprendí a volar tarde. Volar no es solo elevarse; es sostener.

—Y caer con gracia —añadió Desdémona—. Pero aún no caemos.

***

La ciudad respiraba distinta cuando los carruajes comenzaron a alinearse para el Baile de Navidad. No era la noche del baile todavía, pero Londres, caprichoso, ensayaba su espectáculo: modistas corriendo, lacayos puliendo carruajes y periodistas husmeando en las esquinas.

Lily y Gabriel se asomaron apenas a la ventana. No hablaron. A veces el plan más audaz necesitaba silencio para asentarse.

En la última hora antes de la medianoche, el editor que no había cedido envió un recado manuscrito: *"Mañana a primera luz, publicamos. Las cartas del Tesoro, los montos, las iniciales. Digan a Bloom que afirme la cabeza".*

Lily exhaló un aire que no sabía que retenía. Clarisse sonrió con los ojos húmedos. Desdémona, que no creía en lágrimas visibles, dejó caer el abanico. Gabriel apoyó la frente en la madera del marco de la puerta, como si una oración antigua hubiese encontrado respuesta.

—Falta el baile —dijo Lily, no como aviso sino como destino.

—Falta la última jugada del halcón —respondió Gabriel—. Y la veremos venir.

***

Cuando se retiraban a sus habitaciones, tocaron una vez más a la puerta. La servidumbre ya dormía. Lily abrió. No había nadie en el pasillo, solo un sobre sin sello. Dentro, una frase escrita con la inclinación caligráfica que ya conocía, esa forma elegante de empujar hacia el abismo: *"En Navidad se redimen los pecadores. Acepte el brazo correcto y su apellido será alabado".*

Lily no miró a Gabriel. No necesitó hacerlo. Rompió la tarjeta en dos con un gesto sereno y dejó los pedazos sobre la consola.

—No soy una penitente en fila —dijo—. Soy una Bloom.

—Y yo… —Gabriel recogió los fragmentos como si fueran cenizas —, soy el hombre que camina a su lado.

La campana lejana de una iglesia marcó la hora. Faltaban veinticuatro horas para el Baile de Navidad. Aliados y traidores se mostrarían, con guantes o sin ellos.

El halcón preparaba su jugada final; Lily y Gabriel, la suya. No sabían si la ciudad quería verlos bailar o arder. Pero ya no importaba.

Habían elegido. Preferían caer con honor a salvarse bajo una sombra ajena.

Y en esa elección, por primera vez, el invierno pareció menos frío.

Capítulo 21

Caída del villano

El amanecer de la víspera del Baile de Navidad llegó con un murmullo distinto en las calles de Londres. No era solo la prisa de los lacayos preparando carruajes ni el tintinear de las campanas anunciando misas de Adviento. Era el susurro apremiante de los pregoneros agitando gacetas con portadas que, en pocas horas, desatarían un terremoto social. El nombre de Sir Roland Pike aparecía impreso con letras gruesas, acompañado por gráficos y columnas donde se detallaba el esquema de su corrupción: obras benéficas falsas, transferencias trianguladas y herederas usadas como garantía en préstamos ilícitos.

Gabriel Montcrest había comprado cientos de periódicos y los había distribuido personalmente en clubes, cafés y hasta en las escalinatas de Saint Paul.

Cuando Lily lo encontró aquella mañana en la casa de Desdémona, su abrigo olía a tinta fresca. Él le tendió un ejemplar sin una palabra. Ella lo desplegó, y al leer su propio apellido en relación con la verdad —y no con el escándalo— sintió un estremecimiento

de alivio. Por primera vez, la sociedad veía que no era ella quien mentía, sino Pike.

Clarisse entró poco después con otra edición bajo el brazo.

—Ya está en boca de todos. Algunos niegan con ferocidad, otros callan demasiado. Eso significa que temen ser salpicados.

Desdémona dejó caer su abanico sobre la mesa.

—El villano comienza a resquebrajarse. Pero no subestimemos a un hombre cuya fortuna se sostiene en sobornos.

***

Los efectos fueron inmediatos. A media mañana, los corredores de bolsa discutían a voz en cuello sobre si vender sus acciones en empresas relacionadas con Pike. En White's, algunos caballeros apostaban que se trataba de un montaje orquestado por Montcrest, mientras otros aseguraban que la evidencia era tan sólida que la caída de Pike era inevitable. La ciudad entera parecía un tablero de ajedrez donde cada familia noble evaluaba su próximo movimiento.

Lily se sintió atrapada en medio de una tormenta invisible. En un paseo breve por Bond Street, descubrió que los saludos habían cambiado de tono. Algunas damas inclinaban la cabeza con respeto renovado, otras la miraban como si fuese portadora de una peste. "La heredera Bloom", susurraban unos labios con admiración; "la muchacha peligrosa", replicaban otros.

Gabriel caminaba a su lado como un guardián, su porte arrogante más necesario que nunca.

—Deje que murmuren —dijo entre dientes—. Hoy la ciudad entera está forzada a pronunciar su nombre. Y pronto, lo pronunciarán con respeto.

***

Pero Pike no era un hombre que se dejara derrotar fácilmente. A mediodía, otra gaceta apareció con una nota en defensa del caballero. El artículo lo pintaba como víctima de una conspiración y arremetía contra Lily y Gabriel con una crueldad calculada: *"Una pobre heredera ingenua, manipulada por un libertino desesperado por recuperar el brillo de su nombre marchito".*

—Es la danza de la tinta —gruñó Gabriel arrojando el diario al fuego del salón de Desdémona—. Cada verdad engendra dos mentiras.

Lily permaneció rígida, observando cómo las llamas devoraban las páginas.

—Pero las mentiras nunca sobreviven a la luz del día —dijo con voz baja,aunque en su pecho bullía la duda. ¿Y si la sociedad elegía creer en Pike? ¿Y si el apellido Bloom terminaba siendo recordado como sinónimo de vergüenza?

Clarisse se acercó a ella, posando una mano sobre su brazo.

—No olvide, querida, que la verdad no camina sola. Requiere de aliados que la sostengan. Y usted los tiene.

***

La tarde trajo consigo un desfile de cartas y mensajeros. Algunas familias retiraban sus invitaciones al baile, temerosas de quedar manchadas por el escándalo. Otras, en cambio, enviaban discretos billetes ofreciendo su apoyo a Lily, atraídas quizá por la idea de desafiar a Pike o por el morbo de participar en un drama que toda la ciudad observaba. Londres se dividía en bandos con la rapidez de una guerra.

El halcón aprovechó la confusión. Una nueva filtración comenzó a circular: según un rumor anónimo, Gabriel planeaba aprovechar el Baile de Navidad para forzar un compromiso público con Lily, atrapándola frente a la reina y los invitados. Era un veneno perfecto: jugar con el miedo más íntimo de la joven, que era el de convertirse en una marioneta más en manos de un hombre poderoso.

Cuando Gabriel se enteró del rumor, fue directamente a la galería donde Lily paseaba con gesto sombrío.

—No crea una sola palabra —dijo de inmediato—. Si en ese baile alguien habla de compromiso, será porque usted lo decida. No permitiré que nadie, ni siquiera yo, la use contra su voluntad.

Sus palabras atravesaron la muralla de dudas de Lily. Por primera vez desde que lo conocía, sintió que aquel hombre, famoso por su arrogancia, estaba dispuesto a inclinar la cabeza ante ella. Y esa rendición voluntaria valía más que mil promesas.

***

Mientras tanto, Pike recorría clubes y salones con sonrisa de hierro. Negaba todo con aplomo, compraba periodistas con generosos sobres de libras y susurraba que Montcrest estaba desesperado y que Lily era solo un instrumento en sus manos. Su capacidad de manipular la opinión era formidable, pero las grietas comenzaban a mostrarse. Algunos de sus más cercanos aliados evitaron darle la espalda en público, pero en privado se negaban a mirarlo a los ojos.

Desdémona, con su instinto infalible, lo señaló con claridad durante una reunión estratégica.

—Un hombre que empieza a ser evitado en privado ya está perdido. Pero su zancada final puede ser la más peligrosa.

Clarisse asintió.

—No olvidemos que el halcón aún no ha mostrado todo su poder. Siembra dudas como quien lanza semillas al viento. Y a veces, basta una sola qué prenda para arruinar una cosecha entera.

***

La víspera del baile avanzaba con tensión insoportable. Gabriel y Lily pasaron la tarde revisando documentos en la biblioteca de Desdémona, conscientes de que cada hora contaba. Al caer la noche, un mensajero llegó con un sobre lacrado. El sello lo reconocieron de inmediato: era el de su padre.

Lily lo sostuvo con manos temblorosas. El silencio en la sala era tan denso que podía escucharse el crepitar del fuego. Rompió el sello y desplegó la carta. La caligrafía era la misma que había visto años atrás en un documento olvidado en un cajón.

"Lily —decía—, no temas. El apellido Bloom es legítimo. He dejado constancia en los registros del notario Talbot. Tu herencia es limpia, tu nombre, verdadero. El halcón intentó usarme como sombra, pero yo elijo ser tu luz. En Navidad, mantén la frente en alto."

Las lágrimas nublaron su vista. Gabriel tomó el papel y lo leyó en silencio. Al alzar los ojos, había en ellos un brillo distinto, mezcla de alivio y determinación.

—Entonces el juego ha cambiado —dijo—. Ya no es solo usted contra Pike. Es usted, Lily Bloom, con su nombre limpio, contra todos los que intentaron ensuciarlo.

¿Era realmente su padre quien escribía, o una maniobra más del halcón? Nadie podía saberlo aún. Lo cierto era que, al sonar la medianoche, Londres entero aguardaba el Baile de Navidad con la respiración contenida. Y cuando la reina cruzara el salón, el destino de todos quedaría sellado.

Capítulo 22

Rendición honesta

La madrugada antes del Baile de Navidad encontró a Gabriel Montcrest en la biblioteca de Lady Clarisse Kensington, con las manos hundidas en el cabello y el peso de demasiadas culpas sobre los hombros. Durante años había creído dominar los salones con la arrogancia del libertino invencible, coleccionista de conquistas y dueño de sonrisas calculadas. Pero ahora, frente a la posibilidad real de perder a Lily Bloom, comprendía que toda aquella fachada no era más que un andamiaje podrido que amenazaba con desplomarse sobre ambos.

Había cometido el error de verla, en un inicio, como una adquisición. Una joven heredera, una joya inesperada que podría engalanar su vitrina de logros personales. Recordaba la primera vez que la observó: la forma en que su ingenio desarmó sus frases ensayadas, la transparencia con la que se defendió de sus artimañas. Y sin embargo, en vez de rendirse de inmediato, había persistido en tratarla como un desafío, como una presa. Ese pecado lo perseguía ahora con la fuerza de un látigo.

La puerta de la biblioteca se abrió con un leve crujido. Lily entró envuelta en un chal azul oscuro, el cabello suelto tras un largo día de rumores y cartas. Sus ojos reflejaban cansancio, pero también una firmeza acerada. Gabriel se puso de pie de inmediato, como si su sola presencia fuese suficiente para obligarlo a enderezarse.

—Señorita Bloom… —comenzó, pero la voz se le quebró.

Ella alzó una mano.

—No me llame así como si fuésemos desconocidos. Después de todo lo que hemos enfrentado, sería un insulto.

Gabriel tragó saliva. Dio un paso hacia ella y luego otro, hasta quedar lo bastante cerca para que la luz del fuego revelara la vulnerabilidad en su rostro.

—He sido un necio, Lily. Durante demasiado tiempo, la vi como una adquisición. Una mujer brillante, sí, pero también un trofeo que sumar a mis conquistas. No supe ver que, al reducirla a un objeto de deseo, la estaba despojando de lo que más valora: su verdad.

Lily lo escuchó en silencio, sus manos entrelazadas sobre el regazo. Sus labios temblaban, pero no habló hasta que él terminó.

—Por fin lo dice. —Su voz era suave, pero cortante—. Eso es lo que he sentido cada día desde que me miró con esa mezcla de diversión y cálculo. Yo no soy un trofeo, Gabriel. No vine a este mundo a convertirme en un adorno en la vitrina de un libertino.

Él cayó de rodillas frente a ella, un gesto impensable en otro tiempo.

—Lo sé. Y por eso estoy aquí, pidiendo perdón. No tengo excusas, salvo una verdad que nunca me atreví a confesar. Hubo una mujer, hace años, que me hizo creer que era digno de amor. Y cuando me dejó por un título más alto, aprendí a cubrir esa herida con sonrisas y conquistas. Me convertí en el hombre que todos esperaban: arrogante, insensible, incapaz de sentir. Pero usted… —la miró con

los ojos ardiendo—, usted rompió esa coraza. Y temo que ya no sepa ser otra cosa que no sea ser honesto con usted.

El silencio se alargó. El crepitar del fuego fue el único testigo de aquel desmoronamiento. Lily bajó la mirada, sus pestañas húmedas.

—No sé si me basta con un perdón, Gabriel. No busco redimir al conde de Bourgh ni curar las cicatrices de su pasado. Busco un compañero capaz de caminar a mi lado, con respeto y libertad. O me da eso, o no me da nada.

La frase cayó como un martillo: *"O verdad… o nada".*

Gabriel inclinó la cabeza.

—Entonces elijo la verdad. Aunque me duela, aunque me desnude ante usted. Prefiero ser un hombre roto y sincero a seguir jugando al libertino perfecto. Si usted me rechaza, que sea conociendo mi verdad, no mis máscaras.

Lily lo observó largamente. En sus ojos danzaban dos fuegos: el del miedo y el de la esperanza. Finalmente extendió una mano temblorosa y la apoyó sobre su mejilla.

—Muy bien. Entonces será verdad. Pero recuerde, Gabriel: no toleraré ni una sola sombra más entre nosotros. Si caemos, caeremos juntos, con la frente en alto. Y si vencemos, será porque elegimos lo mismo.

Él cerró los ojos ante la caricia, respirando hondo como si absorbiera aquella promesa en su piel. Por primera vez en años, el conde de Bourgh no pensaba en su reputación ni en los murmullos de Londres. Solo pensaba en la mujer frente a él, y en la posibilidad real de ser un hombre distinto.

***

Cuando Clarisse entró poco después, los encontró sentados uno

junto al otro, con las manos entrelazadas y una calma tensa en el aire.

—Perdón por interrumpir —dijo con una media sonrisa—, pero el carruaje para Palacio estará listo en unas horas. El Baile de Navidad no esperará. Y Pike tampoco.

Lily y Gabriel se miraron, y en esa mirada sellaron lo que aún no se habían atrevido a decir en voz alta: habían elegido la verdad. Lo demás, se decidiría bajo los candelabros del salón real.

El reloj de la chimenea marcó la medianoche. La víspera había terminado. La batalla final estaba por comenzar.

Capítulo 23

La escena íntima

El Palacio amaneció con un brillo que solo Londres sabía inventar cuando el invierno quería jugar a la primavera.

El Baile de Navidad transformaba el mármol en espejo y el oro en una calidez que desmentía la helada de afuera. Los lacayos pulían candelabros como si se prepararan para colgar estrellas; las orquestas afinaban con dedos enguantados; la corte entera respiraba en compás.

Lily Bloom miró su reflejo una última vez antes de bajar. No llevaba la ostentación de otras damas: eligió la sobriedad del marfil y un ribete plateado que insinuaba luz sin reclamarla. El cabello recogido mostraba la nuca con una valentía que no era vanidad, sino decisión. Entre los pliegues de la falda, Clarisse había cosido con mano invisible un pequeño bolsillo: dentro, una copia doblada de la carta del notario Talbot que legitimaba el apellido Bloom. *"Por si las sombras se atreven"*, había dicho con una sonrisa oblicua.

—Hoy no pedimos permiso —le susurró Desdémona al ajustar el broche del hombro—. Hoy decimos la verdad.

—Juntos —respondió Lily, y en la palabra vibraba una promesa que todavía nadie había oído.

Cuando Gabriel Montcrest la vio al pie de la escalinata principal, olvidó por un instante que el salón real estaba colmado. No oyó el metal de la orquesta ni el zumbido de los abanicos; solo la respiración que le cambió el ritmo.

Dejando atrás el murmullo de los saludos, descendió dos escalones con prisa indebida y se detuvo a la distancia justa para no rozarla.

Sus ojos, por primera vez en público, llevaban la verdad desarmada.

—Ha elegido la luz —dijo en voz muy baja.

—He elegido la verdad —corrigió ella—. La luz viene después.

Se inclinaron ante la reina y ocuparon su lugar entre los invitados. El primer minueto abrió el océano de seda y plumas; las parejas trazaron geometrías exactas bajo los candelabros. Lily sintió el leve contacto de la mano de Gabriel al invitarlas a la pista. No fue la posesión de un conde: fue un ofrecimiento. Lo aceptó.

Bailaron con una coordinación que la práctica no explica, como si cada compás estuviera escrito en la memoria del otro. Donde la música ordenaba un giro, sus miradas añadían una confesión; donde la etiqueta exigía distancia, el pulso conspiraba. Lily recordó la biblioteca, el casi-beso detenido por respeto, y comprendió que aquella contención había cambiado su destino.

Gabriel no era el libertino que reclamaba: era el hombre que sabía frenar. El deseo, por primera vez, no era un arrebato: era una promesa de cuidado.

—Si nos piden una declaración esta noche —dijo él mientras cruzaban—, no hablaré sin usted.

—Y si nos tienden una trampa, no la pisaré sola —replicó.

Sonrieron como dos conspiradores sobre el filo de un balcón.

El vals terminó y el salón se abrió a los corredores, donde las conversaciones tomaban su propio compás. Clarisse apareció con un abanico que significaba alerta: tres golpecitos en el borde indicaban movimiento de prensa. A su lado, Desdémona traía un comentario en los ojos.

—Pike paga titulares en la antesala. Quiere convertir esta noche en su absolución.

Como si lo hubiesen invocado, Sir Roland Pike flotó al centro del salón con su sonrisa de bronce pulido. Hizo una reverencia que la reina correspondió por cortesía, y se dedicó a repartir saludos azucarados.

Cada gesto era una moneda. Cada palabra, una cuerda.

—Señorita Bloom —dijo al fin, cuando la cercanía social lo permitió —. Cuánto lamento que su nombre haya sido arrastrado por prensa sin escrúpulos. Lamento también que… —Miró a Gabriel con una cordialidad afilada—, ciertas compañías no le hayan hecho justicia.

Lily sostuvo su sonrisa con la limpieza de un cristal.

—Yo también lamento, sir Roland, cuando la beneficencia se torna contabilidad y las dotes se usan como sello. Pero hoy no hablaremos de lamentos. Hoy hablaremos de pruebas.

Gabriel sintió el leve temblor de los dedos de ella. No de miedo, sino de la corriente que antecede a una tormenta. Estaba a punto de responder cuando un mayordomo se inclinó discretamente en su oído: la reina deseaba dirigirles la palabra en la galería occidental. Clarisse asintió en la distancia y Desdémona les hizo de dique para contener a los curiosos.

Pike quedó atrás, acompañado de un editor al que había comprado. El halcón —sea quien fuese— no mostraba todavía sus plumas.

***

La galería occidental ofrecía un respiro de mármol y retratos. La reina, rodeada de un pequeño consejo, los recibió con una gentileza que no admitía confianzas.

—Señorita Bloom, lord Bourgh —dijo—. La ciudad murmura demasiado. Yo prefiero escuchar a los interesados.

Lily hizo una inclinación impecable.

—Su Majestad, esta noche no desearía enturbiar la música con papeles. Pero si la verdad exige tinta, la tengo.

—Y yo —añadió Gabriel—, solo deseo que se nos permita hablar juntos. He cometido errores. Si se anuncian culpas, que se anuncien en plural.

La reina midió la química que los rodeaba; debió verla, porque su mirada se suavizó un punto.

—La música continúa. La verdad no huirá. Pero tenga cuidado, señorita Bloom. La gente que hace de la caridad un comercio nunca baila sola.

Cuando regresaron al salón, el aire había cambiado de textura. No era miedo ni júbilo: era expectación.

Un periodista se adelantó con la audacia de quien cree tener la historia comprada.

—¡Señorita Bloom! —Alzó la voz—. ¿Es cierto que esta noche se anunciará su compromiso con el conde de Bourgh como desagravio a su reputación? ¿Puede confirmarlo ante la corte?

Lily iba a responder cuando sintió la presión, mínima, de los dedos de Gabriel pidiendo un segundo. Él dio un paso, no para taparla, sino para ponerse a su lado.

—Responderemos juntos —dijo, y su voz no fue arrogante, sino clara—. Y responderemos cuando termine la música y comience la

verdad.

Hubo risas contenidas. Pike apretó el vaso hasta que crujió la base de cristal. El halcón, dondequiera que anidara, supo que aquella noche necesitaría un golpe distinto.

La orquesta atacó un vals lento que parecía diseñado para confesiones. Gabriel extendió la mano, y Lily la posó sobre la suya con la solemnidad de un voto. Empezaron a girar. El salón se volvió una galaxia de luces en la periferia. El mundo era, por minutos preciosos, el espacio exacto entre ambos.

—Quiero decirle algo —murmuró él sin apartar la vista de la suya —. Esta mañana me sorprendí pensando en el primer día que la vi. No recuerdo la seda de su vestido ni la exactitud de la música. Solo recuerdo su mirada atravesándome como una pregunta. Y yo respondí con prepotencia porque no conocía otra forma. Lo siento. No por un error social, sino por haber intentado reducirla para poder poseerla.

—Ya lo dijo anoche —susurró ella—. Y lo creí. Pero dígamelo otra vez, aquí, donde todos bailan sobre apariencias.

—La traté como una adquisición. Y lo que quiero ahora es pertenecer a su verdad. Si me acepta, no como dueño, sino como hombre que camina a su lado, haré de mi nombre una defensa y no una sombra.

Lily sintió que el suelo dejaba de existir por un segundo. En esa declaración se condensaban semanas de silencios y heridas.

No era un espectáculo. Era la rendición honesta de un hombre en plena pista de baile.

—Yo también tengo algo que decirle —respondió—. Mi vida entera fue aprender a sostener la cabeza sin apoyo. Hoy elijo bajar la guardia. Pero no solo por usted: por mí. Porque quiero amar sin convertirme en prenda de cambio.

—"O verdad… o nada" —repitió Gabriel, apenas audible.

—"O verdad… o nada" —confirmó ella.

La música continuó, pero una burbuja de silencio los envolvía.

Fue entonces cuando ocurrió: no hubo arrebato ni prisa. En el giro de un compás, Gabriel inclinó la frente y rozó con sus labios la sien de Lily, un beso tan leve que parecía una oración. Ella cerró los ojos y apoyó la mano libre en su hombro. No fue posesivo ni urgente. Fue tierno. Fue decisivo. Los cuerpos siguieron el vals; las almas firmaron un pacto.

Al detenerse la música, el aplauso fue más largo de lo habitual, como si la sala hubiese comprendido algo que nadie había dicho.

Clarisse, a lo lejos, levantó apenas el abanico en señal de "adelante". Desdémona sonrió con esa media luna que reservaba para sus victorias.

Pero el enemigo había tomado nota. El halcón atacó al fin con su carta más afilada. Un ujier anunció en voz alta la llegada de un invitado inesperado:

—Sir Andrew Bloom.

El nombre atravesó el salón como una lanza. Lily sintió que el corazón se le subía a la garganta. En la entrada apareció un hombre de porte seco, cabello color plata y una cicatriz menuda en la ceja derecha. No era un espectro ni una sombra inventada: era un cuerpo que caminaba con la seguridad de quien conoce la topografía de la culpa.

Un murmullo escaló por las columnas como hiedra. Pike palideció medio tono; la reina inclinó el mentón.

Gabriel apretó la mano de Lily.

—Estoy —dijo sin necesidad de más.

El hombre avanzó hasta el centro del salón y pidió permiso con una reverencia sobria. Cuando habló, su voz tenía la pátina gastada

de los mapas viejos.

—No vengo a reclamar nada —dijo—. Vengo a responder por mi apellido. He sido cobarde. He sido ausente. Pero no he sido ladrón.

El notario Talbot, convocado por algún milagro obrado por Clarisse, dio un paso desde la segunda fila con un libro en la mano.

—Consta en este registro —leyó— que Sir Andrew Bloom dejó su herencia en fideicomiso a favor de su hija Lily, con fondos separados de toda inversión ajena a obras benéficas. La legitimidad del apellido Bloom y de su dote han sido certificadas ante mí.

El salón exhaló como si hubiese contenido el aliento desde la mañana. Lily no lloró. Sonrió con los ojos húmedos y apretó los dedos de Gabriel hasta que dolieron.

Pike se adelantó con su teatralidad habitual.

—¡Falsificaciones! —tronó—. ¡Un montaje de última hora!

El notario elevó el documento para que viera el sello.

—Está registrado hace años. Si su señoría desea impugnar, que lo haga mañana ante la ley. Esta noche, al menos, baile.

Hubo risas ahogadas. El halcón, invisiblemente herido, cambió de táctica al instante. Un periodista levantó la voz con urgencia comprada:

—¡Señorita Bloom! Si su dote es legítima, ¿confirmará esta noche su compromiso con el conde de Bourgh? ¿Habrá anuncio?

Lily miró a Gabriel. En esos segundos, un corredor de mármol se abrió entre ambos y lo cruzaron casi sin moverse. La reaparición de su padre la había dejado en estado de shock. Pero sus intenciones frente a todo lo que estaba pasando, seguían siendo claras.

—Responderemos juntos —dijo ella retomando sus propias palabras—. Y responderemos con la verdad.

Se giró hacia la reina, que observaba con atención no exenta de humanidad.

—Su Majestad, no deseo convertir su baile en tribunal. Pero si Londres insiste en oírnos, que nos oiga bien: no habrá anuncio que no nazca de elección y respeto. Esta noche no hablaremos de alianzas sociales, sino de una promesa sencilla.

La reina inclinó la cabeza, invitándolos a continuar. Gabriel tomó aire.

—Prometemos —dijo—, anunciar la verdad juntos. Sobre Pike, sobre el halcón, sobre el apellido Bloom, sobre nosotros. Si la ciudad necesita palabras, las tendrá. Pero serán nuestras, no compradas.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala. Pike, que intuía su máscara resquebrajarse, hizo un gesto a un editor que guardaba un ardid final.

El hombre alzó otro papel: una "carta" que supuestamente demostraba que Gabriel había pagado por la publicación en la que se desmontaba a Pike.

—¡Prueba de la manipulación del conde! —gritó acercándose al centro.

Gabriel no alcanzó a responder. Desdémona, con una elegancia que merecería una estatua, se interpuso.

—Qué coincidencia tan desafortunada —dijo—. Porque aquí tengo el recibo del pago… —lo mostró— hecho por la "fundación benéfica" de sir Roland Pike a ese mismo editor, fechado anoche. Pase, señor. Ponga sus dos papeles juntos y observe cuál tinta está aún húmeda.

El editor empalideció. Sujetó el papel como si quemara. Pike dio un paso atrás. El salón, olfateando sangre, guardó un silencio expectante. Clarisse dio tres golpes con el abanico: señal de jaque.

—Creo —dijo la reina con suavidad implacable— que la música puede continuar.

Y continuó. Pero no para todos. Algunos empezaron a entender que la Navidad traería menos absoluciones y más verdades.

En medio de ese remolino, Lily y Gabriel retrocedieron al borde de la pista, a un pequeño pasillo donde los tapices amortiguaban el ruido. La luz de los candelabros llegaba tamizada, y el mundo parecía suspendido entre el yeso y el terciopelo.

Allí, lejos sin estar lejos, ocurrió la escena que cerraría el círculo.

—Tengo miedo —admitió Lily rompiendo la regla del orgullo—. No del escándalo. De lo que siento.

—Yo también —respondió Gabriel—. Y por primera vez no quiero usar el miedo como excusa para herir antes de ser herido.

Ella dio un paso. Él, otro. No se tocaron aún; era la proximidad la que prendía el aire.

—Esta noche podría ser más fácil mentir —dijo Lily—. Decir que nos comprometemos para cerrar bocas. Usarnos como han intentado usarnos.

—Sería más fácil —concedió él—. Pero sería volver a lo que fui. Y usted dijo "o verdad… o nada". Elijo verdad. Aunque sea más difícil. Aunque signifique esperar.

—Y yo —dijo ella con los ojos brillando— elijo lo mismo.

Gabriel levantó una mano, despacio, pidiendo permiso sin palabras. Lily asintió, y él le recogió un mechón que había escapado del peinado.

La yema de sus dedos rozó la piel detrás de la oreja; ella cerró los ojos, inclinándose apenas hacia ese contacto, como si allí estuviese la llave de un territorio nuevo. No hubo prisa. El mundo siguió danzando al otro lado del tapiz; aquí, el tiempo aceptó arrodillarse.

—Quiero besarla —confesó, y la confesión no fue hambre, sino ofrenda.

—Quiero que lo haga —respondió—. Pero no para engañar a nadie. Para decirnos la verdad a nosotros.

Se buscaron con una lentitud que volvió sagrado el gesto. Gabriel

rozó su mejilla con la suya antes de encontrar su boca.

El beso fue tierno, largo, profundo sin ser voraz. Fue una conversación hecha piel: "estoy", "te creo", "nos elijo".

Lily posó las manos en su pecho; sintió la vibración de un corazón que por fin se había quedado sin máscaras. La calidez de su aliento, el temblor compartido, la pausa consciente para respirar y volver, todo fue consenso y descubrimiento.

Cuando se separaron, no buscaron palabras ingeniosas. No hacía falta.

Ella apoyó la frente contra la de él.

—Después de esta noche, cuando llegue el amanecer y los periódicos griten otra vez, ¿seguiremos en pie?

—Si es juntos, sí —dijo él—. Prometimos anunciar la verdad juntos. Que imprimirla sea trabajo de la ciudad; decirla será tarea nuestra.

Un leve sonido de pasos los devolvió al presente. Clarisse asomó detrás del tapiz, con sonrisa de conspiradora satisfecha.

—El halcón ha perdido una pluma —informó— y Pike ha perdido un editor. ¿Listos para volver a la pista?

—Listos —dijo Lily tomando la mano de Gabriel no como escudo, sino como elección.

Regresaron al centro. La música, obediente, los recibió con un compás que parecía nacido para ellos.

No hubo anuncio de campana ni proclama a voz en cuello. Hubo una caricia al pasar, un gesto compartido, dos miradas que ya no pedían perdón. La corte vio, sin entender del todo, que algo se había decidido.

Al finalizar el vals, Gabriel no soltó la mano de Lily. Se dirigieron hacia la prensa reunida, no empujados, sino caminando con la calma de quien ya no negocia con sus sombras.

—Señores —dijo Lily, y el murmullo calló—. Esta noche no habrá anuncio de compromiso. Habrá algo más exigente: una promesa pública.

—Prometemos —continuó Gabriel— contar la verdad juntos. Sobre Sir Roland Pike, sobre la red que lo sostiene, sobre el juego del halcón y sobre la forma en que intentaron usarnos. Y si la ciudad decide luego que merece un anuncio entre nosotros, también será verdad. No se comprarán titulares para forzarlo ni se venderán silencios para negarlo.

Hubo un silencio que esta vez no fue hostil. Desdémona aplaudió una vez, como se aplaude a un actor que abandona el papel para decir su nombre. La reina inclinó apenas la cabeza, gesto que algunos reconocerían meses después como bendición discreta. Pike dio un paso hacia la salida, no huyendo, pero sí buscando aire que no tuviera memoria.

La noche aún no había terminado. El halcón tendría otra jugada; la ciudad, otra columna; la ley, su propio compás.

Pero para Lily y Gabriel, el punto de inflexión ya estaba escrito: eligieron la verdad, y la dijeron con un beso que fue pacto y con una promesa que era futuro.

Cuando cruzaron el salón de la mano, Lily respiró hondo el perfume de las flores de invierno y el metal tibio de los candelabros.

—Ahora sí —dijo—. Que empiece lo que venga.

Gabriel apretó suavemente sus dedos.

—Juntos.

Y el Palacio, que había visto coronaciones y caídas, pareció aprender ese adverbio como si fuese un himno nuevo.

Capítulo 24

Aparición pública

La mañana del acto benéfico amaneció con un frío punzante que obligaba a envolver las estatuas en capas de hielo y a cubrir las calles de Londres con un resplandor blanco. El aire olía a castañas asadas y a carbón, recordando que incluso en medio del lujo, la ciudad seguía siendo humana.

Pero en el Gran Salón de San James, el ambiente no era de alegría navideña, sino de expectativa feroz. Todos sabían que aquella tarde no sería un evento más en el calendario de beneficencia: sería el escenario de una revelación, quizás de una caída definitiva.

El salón estaba decorado con guirnaldas de acebo y cintas carmesí, como si la Navidad hubiese querido disfrazar de inocencia lo que en realidad era un tribunal social.

La reina iba a asistir en persona, gesto que aumentaba la tensión. Los banqueros pulían sus sortijas con manos sudorosas, las damas se abanicaban para ocultar la ansiedad, y los jóvenes caballeros jugaban a fingir indiferencia mientras apostaban en susurros a qué hora estallaría el escándalo.

Lily Bloom entró al recinto tomada del brazo de Gabriel Montcrest. No había vacilación en su porte: caminaba con la frente erguida, el paso firme y la mirada clara. Su vestido de terciopelo verde profundo evocaba los bosques invernales y el renacer de la vida, mientras un broche de plata en forma de estrella brillaba sobre su pecho como un desafío a las sombras. A su lado, Gabriel se mostraba en toda la soberanía de su estatura, pero sin arrogancia; ya no era el libertino que caminaba como dueño de los salones, sino el hombre que había elegido la verdad y el respeto como únicos títulos dignos.

Clarisse y Desdémona se ubicaron estratégicamente entre la multitud, cada una con abanicos listos para comunicarse en códigos invisibles. Las demás inadecuadas, jóvenes que habían aprendido a torcer el destino con ingenio y audacia, cerraban filas en torno a Lily como un escudo de seda y sonrisas afiladas. No había duda: si la ciudad quería presenciar la caída de Bloom, tendría que atravesar primero la muralla que aquellas mujeres representaban.

***

El acto comenzó con discursos rutinarios sobre la caridad y la necesidad de sostener hospitales y orfanatos. Pero la expectación crecía con cada minuto. Cuando llegó el turno de Lily de tomar la palabra, el silencio fue absoluto. El murmullo cesó como si la misma corte hubiese contenido el aliento.

—Su Majestad, damas y caballeros —comenzó con voz firme—. Vengo esta noche no solo a hablar de caridad, sino de verdad. Se han dicho muchas cosas sobre mi apellido, sobre mi herencia y sobre mis decisiones. Hoy no responderé con rumores, sino con pruebas.

Alzó un paquete de documentos que Clarisse le entregó

discretamente. Los desplegó sobre el atril: cuentas trianguladas, registros contables, firmas de banqueros que confirmaban los manejos corruptos de Sir Roland Pike. El notario Talbot se adelantó para dar fe de la autenticidad de los papeles.

Un murmullo recorrió la sala, mezcla de sorpresa y miedo. Los ojos de Pike, desde el fondo, brillaban con la furia de un animal acorralado.

Gabriel se unió a ella, no para eclipsarla, sino para sostener la presentación.

—Estos documentos muestran cómo sir Roland Pike usó las dotes de jóvenes herederas como garantía de sus préstamos ilícitos, cómo disfrazó de obras benéficas negocios turbios y cómo intentó comprar la voluntad de editores y financieros. Esta red no se sostiene ya. Esta noche, la verdad queda desnuda.

La sala vibró con un murmullo ensordecedor. Algunos se aferraron a sus abanicos, otros a sus bastones. La reina observaba con una calma implacable, como quien contempla el derrumbe de una estatua que llevaba demasiado tiempo en pie.

Pike avanzó hasta el centro con una sonrisa impostada.

—¡Falsificaciones! —tronó—. ¡Manipulación burda de un libertino desesperado y de una joven ingenua! No tienen nada. ¡Yo soy benefactor de esta ciudad, no su villano!

Pero uno de sus propios aliados, un banquero temeroso de hundirse con él, se adelantó con la frente perlada de sudor.

—No puedo sostener más esta mentira. —Alzó un libro de cuentas y lo entregó al notario—. Aquí está el resto de la evidencia. Sir Roland Pike me obligó a encubrir sus operaciones. Yo mismo participé. Y no deseo cargar con esa culpa hasta el fin de mis días.

Un grito ahogado recorrió la sala. Pike palideció. El halcón, oculto entre la multitud, comprendió que la red estaba rompiéndose.

Aun así, intentó lanzar su última jugada: un editor se levantó con un documento falso que pretendía incriminar a Gabriel como autor intelectual de la filtración. Pero Desdémona, con la elegancia de una reina sin corona, se interpuso.

—Curioso —dijo con ironía— que ese papel tenga tinta aún húmeda. Quizás desee explicar, caballero, cómo es posible que un documento de semanas atrás huela a imprenta fresca.

El editor se desplomó en contradicciones, y la trampa quedó expuesta. El halcón había perdido su máscara.

La reina se puso de pie.

—He escuchado lo suficiente. Sir Roland Pike, queda usted bajo custodia de la guardia real hasta que responda por estas acusaciones ante la ley. Y cualquiera que haya participado de su red será investigado.

Los guardias avanzaron, y Pike, en un último acto de desesperación, intentó resistirse. Pero la multitud se apartó de él como de un apestado. El sonido de sus grilletes al cerrarse sobre sus muñecas resonó como una campana de justicia.

El silencio reinó unos segundos. Lily, con el corazón desbocado, comprendió que había llegado el momento de hablar no como heredera, sino como mujer.

—No soy víctima de nadie —declaró con voz clara—. No soy trofeo ni adquisición. Soy Lily Bloom, hija de un apellido limpio y de una verdad que nadie volverá a arrebatarme. Esta noche no anuncio alianzas vacías. Anuncio mi decisión de vivir sin sombras, y de hacerlo junto al hombre que eligió la verdad conmigo.

Gabriel la tomó de la mano, y juntos enfrentaron a la multitud.

—Prometemos que ninguna mentira volverá a separarnos. La ciudad podrá juzgarnos, podrá murmurar, pero lo hará sobre la verdad. Y eso basta.

Las inadecuadas rodearon a Lily con un movimiento casi coreográfico. Clarisse levantó su abanico en señal de victoria; Desdémona sonrió con la satisfacción de quien ve cumplirse una profecía. Las jóvenes damas, que durante meses habían desafiado las convenciones, se erigieron en escudo.

La sociedad comprendió, en ese instante, que algo había cambiado para siempre.

La reina dio un paso hacia adelante y, en un gesto insólito, aplaudió suavemente.

—Que la Navidad traiga limpieza y verdad a esta corte —dijo con voz serena—. Y que aquellos que se atreven a hablarla sean recordados.

El salón entero se volcó en un murmullo reverente. Pike era conducido fuera, la red se desmoronaba, y el futuro parecía abrirse ante Lily y Gabriel como un camino iluminado por velas. No había más disfraces, no había más excusas. Solo quedaba la verdad, sostenida por el amor que habían elegido.

Tomados de la mano, salieron del estrado. El murmullo se transformó en un aplauso contenido, como si Londres entero reconociera que, aquella Navidad, había asistido no solo a la caída de un villano, sino al nacimiento de una alianza forjada en la luz.

El acto benéfico había terminado. Pero la historia de Lily Bloom y Gabriel Montcrest apenas comenzaba su verdadero capítulo.

Capítulo 25

El baile de Su Majestad

El Palacio resplandecía con un brillo contenido, como si el mármol guardara en secreto la noticia que Londres entero estaba por escuchar. Las guirnaldas de acebo se curvaban sobre los arcos, el muérdago pendía en puntos elegidos con malicia por los mayordomos, y las orquestas aguardaban el gesto mínimo del maestro para inundar los salones con un vals que sería recordado durante generaciones. Era la noche. La de Su Majestad. La del clímax.

Tras el acto benéfico, la ciudad había amanecido con titulares que no admitían dudas: Sir Roland Pike estaba expuesto y bajo custodia; el notario Talbot, junto a otros testigos, había certificado la legitimidad del apellido Bloom; y Lady Vane, sin su red de rumores, parecía de repente más pequeña que sus pieles. El Baile de Su Majestad no sería un remate social: sería la confirmación pública de una verdad defendida a contracorriente.

Lily Bloom se contempló por última vez ante el espejo alto de una antecámara. No había corona, pero la dignidad se le veía en la

postura. Eligió un vestido marfil con bordados mínimos en plata y un ribete de hojas de acebo trabajadas a mano por las costureras de Clarisse. En la muñeca, un brazalete sencillo que Desdémona había descrito como "más promesa que joya". No necesitaba más. La luz la buscaba sin esfuerzo.

Gabriel Montcrest aguardaba en el pasillo, con la sobriedad de un hombre que había decidido dejar atrás las máscaras. Cuando ella se acercó, él no le ofreció el brazo de un dueño; lo tendió con la reverencia de quien pide lugar a un par. Dos palabras bastaron para entenderlo todo.

—¿Listos? —preguntó él.

—Juntos —dijo ella.

Entraron al salón principal como si el Palacio, antiguo espectador de coronaciones y exilios, los hubiese estado esperando. La reina, en el estrado, aprobó con la más sutil de las inclinaciones. Las inadecuadas —Clarisse, Desdémona y el círculo de damas que habían tejido nuevas reglas— tomaron posiciones entre los grupos más rigurosos, con abanicos que hoy no eran armas sino testigos.

El primer vals abrió el mundo. Lily y Gabriel salieron a la pista. El giro fue un idioma, y el idioma, una memoria.

No bailaban para distraer miradas: bailaban para sellar un trayecto. Cada compás decía "elegimos". Donde el protocolo pedía distancia, el pulso acercaba; donde la etiqueta exigía sonrisas, sus ojos preferían la honestidad.

A mitad del vals, un murmullo diferente recorrió el salón: Lady Vane, vestida de invierno y soberbia, avanzó con esa sonrisa de porcelana que había quebrado tantas reputaciones. Pero algo había cambiado; los grupos se abrían para dejarla pasar, no por respeto, sino por instinto de preservación. El hielo se agrieta primero en su propia geometría. Vane lo sintió en la nuca como una corriente de

aire.

—Señorita Bloom —dijo deteniendo su paso a tres metros de la pareja—. Londres entero aplaude su valor. Permítame ser la primera en ofrecer una… reconciliación. La Navidad está hecha para absolver.

Lily no detuvo el giro hasta que la música lo permitió. Entonces se volvió hacia Vane con una serenidad que no admitía saqueo.

—La Navidad está hecha para decir la verdad —contestó—. Y la verdad es que usted intentó comprar mi nombre con el brazo de su sobrino. Lo rechacé. Hoy rechazo su absolución tardía.

Un murmullo que fue chispa recorrió la pista. Vane empalideció un tono, apenas, pero suficiente para la vista entrenada de la corte.

—No pretendía comprarla —se defendió—. Pretendía evitar que la devoraran.

—Ya aprendió a morder —replicó Desdémona desde un grupo cercano, con una sonrisa pícara—. Y a veces la cena es el chisme.

Las risas brotaron discretas. Vane comprendió lo que los salones ya sabían: había quedado aislada. Sin Pike, sin halcón, sin el poder de fijar el relato. Apretó el abanico hasta que la seda crujió y se retiró con una reverencia que no encontró eco.

La orquesta moduló hacia un adagio y la reina se puso en pie. Los violines quedaron en suspenso. Gabriel miró a Lily; Lily asintió, y él dio un paso al frente. No había teatralidad en su porte, solo decisión.

—Su Majestad —dijo con voz limpia—, damas y caballeros. Londres ha visto caer máscaras y levantarse nombres. Yo también tuve una máscara: la del libertino que convierte a las mujeres en adquisiciones. Esta noche quiero pedir perdón por haber mirado así el mundo. En especial, a Lily Bloom, a quien traté como un trofeo cuando era —cuando es— la brújula que me obliga a ser mejor. No hablo por presión. Hablo por elección. Y elijo hacerlo aquí, donde el protocolo exige verdades envueltas en terciopelo. Yo las

desenvuelvo.

Un estremecimiento recorrió la sala, esa ola inadvertida que antecede a los giros de la historia. Gabriel volvió el rostro hacia Lily sin buscar protección, sino permiso.

—No puedo prometerle una vida sin rumores —continuó—, pero puedo prometerle una vida sin mentiras entre nosotros. Si me acepta, seré como un compañero que camina a su lado, ni delante ni detrás. Mi nombre, que durante años fue una sombra, será ahora un techo. Y mis manos, que fueron presunción, serán abrigo.

El silencio fue absoluto. Incluso los abanicos suspendieron su juego. Lily dio un paso hacia él. No había dramatismo; había verdad. Tomó aire, y su voz —clara, firme— llenó los huecos del Palacio.

—Yo también tuve máscaras —dijo—: la de la heredera obediente, la de la debutante agradecida por una limosna de apellido. Hoy no necesito ninguna. No soy un trofeo ni una víctima. Soy Lily Bloom. Si acepto su mano, Gabriel, es porque elijo la verdad como cimiento. Lo dije y lo repito: "o verdad… o nada". Y hoy elijo verdad. Con usted.

La reina se llevó una mano al collar, gesto mínimo que en su dialéctica significaba aprobación. No hubo aplausos aún; la corte, vieja conocedora de clímax, intuía que faltaba un gesto.

Entonces el maestro levantó la batuta, y la orquesta atacó un vals nuevo. Un lacayo, diestro en teatro, había colgado muérdago exactamente donde la luz de los candelabros hacía brillar la plata del techo. Gabriel miró hacia arriba y sonrió casi con timidez. Lily siguió su mirada. La tradición, a veces, es un puente.

—Bajo el muérdago —murmuró ella con una risa breve que le prendía los ojos— solo se besan quienes no tienen nada que esconder.

—Y yo —respondió él—, ya no tengo máscaras.

No fue un beso ruidoso. Fue claro. Fue de verdad. El Palacio, que había visto besos políticos y pactos fríos, supo reconocer la diferencia. Un aplauso nació en manos de Desdémona, se multiplicó en Clarisse y se propagó por todas las inadecuadas hasta estallar en la corte. La reina, con elegancia casi cómplice, golpeó dos veces el apoyabrazos de su trono. El sonido viajó como un sello.

—La Corona —dijo—, celebra la limpieza del nombre Bloom y la honestidad del conde de Bourgh. Y desea, si ellos lo quieren así, que esta noche quede marcada como el inicio de una unión… bajo el muérdago, no bajo la presión. Que así conste en la memoria de este baile.

Gabriel, que no necesitaba más audacia para vivir, la encontró. Se volvió hacia Lily, y —sin arrodillarse, porque la igualdad que prometía no pedía genuflexión— inclinó la cabeza.

—¿Me concede el honor de anunciar nuestro compromiso cuando le plazca? No hoy porque me apremian, sino cuando usted lo elija. Yo lo elijo ahora. Pero quiero que el mundo aprenda a esperar su palabra.

Lily respiró como quien sale a la nieve y huele limpio.

—Lo anuncio ahora —dijo, y su voz fue a la vez campana y arrullo —. No por urgencia ni por miedo. Por amor. Por elección. Por verdad.

El Palacio estalló en vítores contenidos por la etiqueta. El compromiso real, bajo el muérdago, se había proclamado sin chantajes. Pike, conducido lejos, no pudo torcer lo que ya quedaba escrito; Vane, aislada, aprendió demasiado tarde que no hay red que atrape a mujeres que caminan juntas.

Las inadecuadas se aproximaron como un oleaje suave. Clarisse abrazó a Lily con discreción victoriosa.

—Sabía que Londres podía ser hermoso si le torcíamos el cuello al miedo.

Desdémona, con su eterna ironía cariñosa, susurró a Gabriel:

—Bienvenido al club de los hombres que no tienen miedo de la igualdad. Es pequeño, pero hace buenos bailes.

Los minutos siguientes se convirtieron en una secuencia de bendiciones espontáneas. El notario Talbot, desde el borde del salón, alzó el libro en señal de cierre; algunos banqueros que habían permanecido en la tibieza se acercaron a felicitar con un rubor pedagógico; varias jóvenes —no solo las inadecuadas— miraron a Lily con una mezcla de gratitud y hambre de futuro.

En un recodo del salón, bajo un tapiz donde un halcón bordado perseguía a un ciervo, Lily se detuvo. Gabriel comprendió la alusión y se colocó a su lado.

—No hay ciudad sin sombras —dijo él—. Pero hay sombras que, expuestas, dejan de asustar.

—Y hay nombres —añadió ella— que, cuando se dicen en voz alta, dejan de doler. Bloom. Montcrest.

—Nosotros —completó él.

La reina, al pasar a su lado, dejó caer una frase que solo ellos oyeron.

—Que esta Navidad les enseñe lo único que la corte olvida: no se gobierna con miedo, sino con ejemplo.

La música continuó. Hubo brindis, hubo valses, hubo promesas de año nuevo dichas con verdad.

El Palacio parecía más joven, como si en lugar de invierno hubiese estallado un brote anticipado.

Vane partió temprano, invisible a propósito; los periódicos, apostados en la verja, murmuraban títulos que por una vez serían justos.

Ya tarde, cuando los candelabros eran constelaciones cansadas y el muérdago había visto más de una declaración sincera, Gabriel y

Lily encontraron un rincón de piedra cálida junto a una ventana. Desde allí, la ciudad era un mapa de brasas. No hablaron de Pike ni de Vane ni de la red caída. Hablaron de cosas pequeñas como piedras que sostienen una casa: desayunos sin prisa, caminatas por parques helados, bibliotecas con sillas cómodas, manos que aprenden el idioma del otro.

—Mañana la prensa gritará nuestro compromiso —dijo Gabriel—. Que grite. Hoy lo escuchó el único tribunal que importaba: nuestra conciencia.

—Y nuestras amigas —añadió Lily—. Que reinarán en sus propias historias.

La orquesta tocó el último vals. No salieron a la pista. Se quedaron allí, con el murmullo del Palacio alejándose como la marea. Gabriel le besó la frente bajo la sombra final del muérdago, y ella cerró los ojos para guardar ese gesto donde se guardan las primeras veces que son las últimas también: el comienzo definitivo.

***

Cuando salieron, el aire olía a nieve. Los caballos resoplaban columnas de vapor. Clarisse, ya en su abrigo de viaje, les guiñó un ojo.

—A los periódicos les gusta terminar con moralejas. Démosles una: el amor, cuando respeta, tiene mejor pluma que el escándalo.

—Y mejores lectores —dijo Desdémona subiendo al carruaje—. Hasta mañana, mis queridos. Hoy ganamos para todas.

Lily apretó la mano de Gabriel mientras bajaban los escalones hacia la noche.

—¿Listo para ser un conde escandalosamente honesto?

—Solo si usted promete ser una Bloom escandalosamente libre.

Se rieron. El sonido subió para mezclarse con las campanas de Navidad. La puerta del carruaje se cerró despacio. El cochero chasqueó las riendas. Londres, que había aprendido un nuevo idioma esa noche, los vio alejarse con una curiosidad amable.

En algún sitio, muy por encima del tejado del Palacio, un halcón real —no de intrigas, sino de pluma y aire— trazó un arco limpio en el cielo.

Y la ciudad, al fin, respiró.

Epílogo

Noche de Reyes

La nieve de enero no cae como en diciembre. En diciembre, Londres luce su manto como si fuese un vestido nuevo que presume ante los escaparates; en enero, la ciudad se lo echa al hombro como una capa de viaje y continúa, obstinada, hacia adelante.

Esa mañana de Noche de Reyes —la primera que Lily y Gabriel compartían como matrimonio—, el aire traía el olor de las chimeneas y el sonido de campanas dejadas atrás. La Navidad se había vuelto memoria. Empezaba otra cosa: el porvenir.

En Montcrest House, la rutina de los criados se había afinado hasta volverse música doméstica. La señora Whitmore —convertida en tía honoraria por decreto de amor, no de sangre— supervisaba el desayuno con una mezcla de rigor y ternura que Lily agradecía.

El matrimonio se había hecho a su medida: menos estrado, más complicidad. Donde otros recién casados hacían inventario de muebles y apellidos, ellos habían decidido inventariar tiempos: cada mañana un rato de lectura juntos; cada tarde, una caminata sin escolta; cada noche, al menos una conversación que no fuera de

salones ni de prensa. "El futuro —había dicho Lily en la primera semana— es un conjunto de hábitos elegidos". Y él había respondido: "Y de renuncias útiles". Y los dos se habían reído, porque sabían que en esa frase estaba su historia: renunciar al espectáculo para elegir la verdad.

La ciudad los observaba con ese apetito cordial que tiene Londres por las parejas que, contra pronóstico, consiguen domesticar al escándalo. Hubo titulares, muchos. Se habló de la caída de Pike —ahora reducido a expediente, guardia y barrotes— y del aislamiento de Vane, cuya soberbia había quedado vieja como una taza de té abandonada. Hubo columnas con moralejas, algunas dulces, otras con veneno residual. Pero incluso esas fueron perdiendo filo. A la gente le aburren las moralejas cuando las vidas empiezan a parecer reales. Y la vida de Lily y Gabriel, para sorpresa de muchos, era real: tenía noches de biblioteca y risas en el corredor, discusiones pequeñas sobre flores y tapices, proyectos que no cabían en titulares porque no tenían brillo de escándalo, sino luz de farol.

Esa Noche de Reyes, el plan era sencillo: almuerzo íntimo con Clarisse, Desdémona y las amigas de la liga —las inadecuadas, como la ciudad había decidido bautizarlas con malicia y admiración—; por la tarde, la presentación formal del *"Fondo Bloom"* para la educación de herederas; y, al caer la noche, un anuncio breve sobre el *"Patrocinio Montcrest para Transparencia Bancaria"*. No habría discursos interminables ni himnos inventados. Habría, eso sí, papel firmado, dinero comprometido y una agenda precisa: bibliotecas en distritos donde las niñas tenían apellido pero no voz, maestras con sueldos dignos enseñando aritmética y derecho básico, tutorías de manejo de patrimonio, y un registro público —sí, público— de préstamos y donaciones que afectaran directa o indirectamente las dotes de las jóvenes.

—Si la sociedad usa nuestros nombres para los balances —dijo Lily durante la preparación—, aprenderemos a leer los balances.

Gabriel había asentido.

—Y a auditarlos.

La risa compartida tuvo algo de brisa en pleno invierno.

***

—Señora Montcrest —anunció la señora Whitmore, entrando con una bandeja de cartas—, han llegado estas para el evento de esta tarde. Invitaciones aceptadas, suscripciones adelantadas y… —Se detuvo, midiendo el gesto—, un sobre del notario Talbot.

El nombre todavía tenía la capacidad de tensar la habitación, pero ya no como herida, sino como un músculo en alerta. Lily lo tomó con manos serenas. La caligrafía era inconfundible. En el interior, una hoja breve:

"A la señora Bloom-Montcrest,

Por disposición de su padre, que en paz descanse, se remite copia de una carta no entregada, fechada años atrás. Consideré prudente reservarla hasta que su apellido estuviese completamente limpio y pudiese leerla sin que el pasado la derrumbase"

Respiró. Gabriel dejó la taza en su plato con cuidado, como si el mínimo ruido pudiese quebrar el momento. La carta decía:

Hija,

Elegí protegerte mal. Elegí esconderme cuando debí

enseñarte a pronunciar tu nombre. No pido perdón; no me corresponde. Pero sí te pido esto: que, cuando un hombre te ofrezca un techo, le preguntes de qué madera está hecho. Y que cuando el mundo te tilde de inadecuada, sonrías. La única adecuación que importa es la que se tiene con la propia conciencia.

Lily se quedó mirando la tinta que el tiempo había puesto sepia. No lloró. Desde el Baile de Navidad, sus lágrimas habían aprendido a obedecer menos a la culpa y más a la gratitud.

—Ser inadecuada fue la única manera de encontrar mi voz —dijo en voz baja.

Gabriel le rozó la mano con la suya.

—Y de enseñarme la mía.

—¿Crees que él estaría orgulloso? —preguntó Lily sin melodrama, más por justicia que por nostalgia.

—Creo —dijo Gabriel—, que quería que aprendieras a preguntar de qué madera estaba hecho mi techo. —Sonrió—. Y que hoy le responderías: "De verdad."

***

El almuerzo con las inadecuadas fue una orquesta de risas, confidencias y planes que cambiaban de compás como una suite bien compuesta. Clarisse llegó con listas y con "una agenda mejor que la de un ministro", según Desdémona. El salón de invierno se llenó de terciopelos, abanicos, y la clase de murmullos que no eran chismes sino estrategia. Allí estaba también la joven señorita Harbury, cuyas iniciales habían aparecido en una de las cuentas de Pike; ahora lucía la soltura de quien ha dejado de ser cifra.

—Aprendí a decir que no a tiempo —dijo con una sonrisa que hacía juego con el brillo de sus ojos.

—Hoy fundamos una costumbre —anunció Clarisse brindando con un cordial de grosellas—: una vez al mes, desayuno de revisión. El Fondo Bloom publica sus números y nosotras preguntamos hasta el cansancio. Y al Patrocinio Montcrest lo veremos como si fuera vidrio: si se enturbia, lo pulimos; si se agrieta, lo cambiamos. La transparencia no es un gesto único: es un hábito.

Desdémona aplaudió una vez, con la elegancia teatral que la caracterizaba.

—Brindo por hábitos que espantan a los viejos fantasmas.

—Y por madrugar para incomodar banqueros —añadió otra arrancando carcajadas.

Lily tomó la palabra cuando las risas se aquietaron.

—No fuimos inadecuadas por capricho. Lo fuimos porque nadie nos había hecho un traje que no nos quedara pequeño. Hoy no pedimos permiso para coserlo nosotras. Y si a Londres le incomoda el color, que aprenda a mirar.

—Que aprenda a leer —apuntó Desdémona señalando con el mentón una pila de manuales—. A leer contratos, letras chicas o el lenguaje de los fondos. La educación es la aguja con la que se desarma un nudo.

—Y se cosen alas —cerró Clarisse con esa forma suya de convertir una frase en estandarte.

***

La presentación del *"Fondo Bloom"* aquella tarde no se pareció a ninguna velada de beneficencia. No hubo lágrima fácil ni discursos para el retrato.

El Gran Salón del Ateneo se llenó de damas con cuadernos, caballeros con el ceño fruncido como quien sospecha que le van a cambiar las reglas, y periodistas con plumas ansiosas que, para variar, querían escribir sobre cifras y no sobre romance. En el estrado, una mesa sencilla, tinta, papeles, y un pizarrón con columnas claras: "Objetivos. Plazos. Auditorías".

—La caridad —dijo Lily al abrir su discurso—, tuvo su hora y la honramos. Pero no educa como lo hace un salario digno, un contrato claro y una biblioteca cerca. El Fondo Bloom nace con tres propósitos: formar a las herederas para que administren sus patrimonios con libertad; financiar becas para niñas sin dote que demuestren talento; y sostener una red de auditoras independientes capaces de reconocer cuando una "donación" es, en realidad, una mordaza.

No hubo escándalo. Hubo lápices que apuntaban. Hubo preguntas —muchas— y hubo respuestas con números. Clarisse, en su rol de "circunstancial ministra", explicó las auditorías trimestrales. Desdémona presentó a la primera cohorte de maestras. La señorita Harbury habló, con la voz justa, de la diferencia entre firmar por costumbre y firmar por convicción. Y cuando un banquero de bigote ofendido quiso saber si *"no sería mejor dejar estas cosas en manos de quienes entienden de dinero"*, Lily sonrió con una cortesía que era acero templado.

—Señor, quienes entienden de dinero son quienes lo ganan, lo administran y lo pierden por decisiones ajenas. Las niñas que no aprenden a leer los libros de contabilidad terminan convertidas en renglones. Nosotras preferimos que sean autoras.

La frase hizo su camino por la sala como un perfume nuevo. No a todos les gustó. A suficiente gente, sí.

***

El *"Patrocinio Montcrest para Transparencia Bancaria"* se anunció con menos retórica todavía. Gabriel, que en otros tiempos hubiera hecho del estrado un teatro, esa tarde limitó su oratoria a lo imprescindible: el compromiso de financiar, de su propio patrimonio y con aportes externos supervisados, una oficina independiente que publicara cada semestre, informes sobre la opacidad de las operaciones que afectaban dotes y herencias.

No habría nombres de debutantes expuestos, sino nombres de instituciones. No se perseguirían vergüenzas privadas; se harían visibles responsabilidades públicas.

—La luz —dijo— no disciplina a personas: disciplina sistemas.

Esa fue la frase que los periódicos subrayaron al día siguiente, mitad por respeto y mitad por alivio: era más fácil escribir sobre "sistemas" que sobre errores personales.

—¿Y si descubren que un Montcrest se ha equivocado? —inquirió un caballero con sonrisa de trampa.

—Entonces pagará el precio —respondió Gabriel sin pestañear—. Empezando por mí, si corresponde. Las reglas no sirven si nacen con puertas laterales.

Hubo un rumor aplomado en la sala. En el fondo, Desdémona guiñó un ojo. Clarisse anotó una fecha para revisar la oficina a los seis meses. Lily, desde el estrado, tuvo un pensamiento que le hizo latir un poco más el corazón: *"estamos aprendiendo a construir un techo de madera buena".*

***

Esa noche, la Noche de Reyes recobró su costumbre: niños

corriendo por las veredas en busca de caramelos lanzados desde carrozas, luces en ventanas que parecían mapas de estrellas, villancicos tardíos cantados con risa, no con solemnidad. En Montcrest House, el salón principal no quiso parecer palacio: hubo manteles blancos, sí, pero platos de barro esmaltado para los postres; un centro de mesa con ramas de abeto y frutas de invierno; música que iba de Corelli a canciones antiguas que la servidumbre tarareaba sin miedo. No faltaron invitados, pero nadie habló desde una tarima. Era, por fin, una celebración sin estrados.

Sir Andrew Bloom —su padre, ya definitivamente instalado en la categoría de "presente en la memoria", no ya como sombra activa— envió dos obsequios que fueron abiertos en círculo: un medallón con la inscripción "La verdad cabe en el bolsillo, si se la lleva como brújula" y un cuaderno en blanco con tapas de cuero. Lily pasó la mano por la textura lisa, pensando en todos los nombres que allí podrían escribirse: niñas con hambre de biblioteca, maestras con pizarras nuevas, familias que aprenderían que la dote no es una cadena, sino una herramienta. Gabriel, a su lado, adivinó el pensamiento y simplemente asintió. Habían aprendido a leerse los silencios.

—Propongo un brindis —dijo Clarisse cuando las tazas de chocolate espeso ya habían atemperado manos y miradas—. Por la primera Noche de Reyes en la que un fondo de damas será auditado por damas. Y por el primer patrocinio de un conde que se ofrece a ser auditado por el mundo.

—Y por las jóvenes —añadió Desdémona enarcando apenas una ceja— que van a hacer de Londres una ciudad con menos miedo a las mujeres que leen.

Hubo risas. Hubo aplausos. Hubo ese tipo de silencio que no es vacío, sino habitación dispuesta para una promesa.

***

Más tarde, cuando los villancicos se fueron quedando en la escalera y las tazas dejaron anillos de calor sobre la madera, Lily y Gabriel salieron al jardín. La nieve crujió bajo sus botas. El cielo despejado permitía ver una luna fina, casi un hilo. El aire tenía ese sabor que solo la noche de enero conoce: una mezcla de humo de chimenea y fruta guardada.

—¿Te acuerdas de la primera noche que no me besaste? —preguntó Lily con una sonrisa que ya no dolía.

—Me acuerdo del motivo —respondió él—. Tenía miedo de parecerme a mi peor versión.

—Te detuviste por respeto. Fue el primer ladrillo de esta casa que construimos.

Caminaron hasta el invernadero. Adentro, el aliento se volvía nube en segundos. Gabriel cerró la puerta para cortar el filo del viento. Allí habían plantado —un capricho compartido— unos esquejes de acebo que, si sobrevivían al invierno, serían el emblema callado de su historia.

Lily tocó una hoja con cuidado, como si fuese la mejilla de una criatura dormida.

—Hoy te escuché hablar de disciplina de sistemas —dijo acercándose—. Y me di cuenta de que nos salvó haber disciplinado primero algo más difícil: nuestro orgullo.

Gabriel soltó una risa baja.

—Me salvó haber encontrado a alguien que lo alcanzara con la mano y lo bajara del pedestal. —Le tomó los dedos—. *"Ser inadecuada es elegirte"*, dijiste una vez. Creí que era un desafío para la ciudad. Ahora sé que era también una promesa íntima.

—Elijo —dijo Lily, tan simple como una declaración jurada—. Y me

elijo. Y te elijo. Elegir no es obedecer al mundo ni negarlo: es escribir la propia partitura y tocarla con quien sabe escuchar.

Él la besó con esa mezcla de cuidado y hambre doméstica que tenían los besos cuando no necesitaban público. El vidrio del invernadero devolvió la imagen como una acuarela: dos sombras, una lámpara, una planta de acebo que insistía. Afuera, alguien tropezó con una pala y se rio.

La vida, al fin, era una casa con ventanas y no un cuadro colgado en un salón.

***

La mañana siguiente trajo la resaca amable de las fiestas. Los periódicos publicaron primeras planas con fotografías —más composiciones artísticas que retratos— del evento en el Ateneo. Hubo editoriales con títulos solemnes: "La pedagogía de las herederas", "El futuro de la transparencia", "Cuando los salones aprenden a sumar".

Algunos buscaron la grieta: "¿Es prudente exponer las cuentas?", "¿No sería mejor dejar a los hombres lo que siempre hicieron?". Pero la corriente ya había cambiado. Había demasiado sentido en lo propuesto, demasiada ciudadanía en juego como para volver con facilidad a la obediencia de antaño. Y luego estaba el detalle, aparentemente menor, que Clarisse había logrado colocar en cada crónica: una lista de bibliotecas públicas que recibirían donaciones de manuales, con horarios de apertura extendidos para niñas de barrios lejanos. Los periódicos tenían que publicar esos horarios; nunca se sabía cuándo una columna podía salvar la vida de alguien enseñándole a leer una cláusula.

Vane no envió carta. Tampoco fue vista en los desayunos de la

temporada. Se habló de un retiro "a los campos" para "repensar su obra". Desdémona lo tradujo: "Aprender a vivir sin peones." Y todos brindaron para que el aprendizaje fuera sincero. Nadie se alegró de su silencio: apenas se le aceptó como el final lógico de una etapa.

Pike, por su parte, se convirtió en un nombre de expediente. A veces, Lily recibía notas de abogados que querían su testimonio. Lo daba con precisión, sin dramatismo. Había aprendido que la justicia no necesita adornos si la verdad es contundente. Al salir de los despachos, caminaba de la mano con Gabriel hasta el carruaje y pensaba, no en el pasado, sino en el próximo informe de auditoría.

***

Hubo, como en toda vida, días imperfectos. Como por ejemplo una tarde en la que el Consejo del *Fondo Bloom* discutió durante dos horas si era prudente aceptar un donativo demasiado generoso de un comerciante con fama ambigua; otra en que la oficina de Transparencia se equivocó en una cifra y tuvieron que publicar una fe de erratas. Esos tropiezos no fueron tragedia; fueron aprendizaje. Lily descubrió que el verdadero poder no consistía en evitar los errores, sino en corregirlos sin el orgullo herido. Gabriel aprendió a decir *"no sé"* en público y a preguntar a quienes sabían. La ciudad vio, con cierta sorpresa, que la honestidad podía ser interesante.

El lenguaje también cambió. En algunos salones, la palabra "inadecuada" dejó de ser arma arrojadiza para convertirse en guiño. Las jóvenes la pronunciaban con picardía, como quien dice "propia". Y un día —fue en marzo, con el hielo cediendo— una madre acompañó a su hija a la biblioteca del Fondo y, al verla entrar sola al salón de lectura, dijo en voz alta: *"Mi niña es un poco inadecuada. Gracias a Dios".*

Lily escuchó la frase desde la escalera y sonrió sin necesidad de público. Pensó en su madre, en la señora Whitmore, en Clarisse y Desdémona, en todas las manos que habían sostenido la cuerda cuando Londres quiso soltarla. Pensó en su padre, que se había equivocado con torpeza, pero la había amado con sinceridad. Y pensó en Gabriel, que había convertido su apellido en techo y no en sombra.

***

La Noche de Reyes terminó, como terminan las noches importantes: con menos ruido del que merecían y más paz de la que podían prometer. Antes de dormir, Lily abrió el cuaderno de tapas de cuero y escribió, con letra clara, la primera entrada: *"Enero. Fundamos un fondo. Creamos un patrocinio. Nos prometimos verdad. Ser inadecuada es elegirte, y elegirme".*

Apagó la lámpara. La casa respiró con ellos. Afuera, la nieve cedía en los aleros como si ensayara ya el agua de marzo.

Y Londres, que había aprendido nuevos hábitos, comenzó a pronunciar un apellido compuesto con la naturalidad de quien encuentra su camino: Bloom-Montcrest. No significaba solo un enlace. Era una gramática. Un modo de conjugar el futuro.

Porque al final —y Lily lo sabía cuándo el sueño la fue buscando— ningún baile, por magnífico que sea, define un destino. Lo definen las mañanas siguientes: el pan que se comparte, el libro que se abre, la cuenta que se linealiza, la mano que se extiende, el "no" a tiempo, el "sí" a conciencia. Lo define un techo de madera buena y un jardín donde hasta el acebo aprende a echar raíces si se le da tiempo.

Y si alguna niña, en algún barrio de Londres, pronunciaba la

palabra “inadecuada” como quien pronuncia “libre”, entonces todo —las noches en vela, las cartas con tinta amarga, los vales de imprenta, las lágrimas que supieron esperar su hora— había valido la pena.

No era fácil elegir. Pero ese fue el regalo de Reyes que Lily Bloom-Montcrest se hizo a sí misma y a su ciudad: la elección.

No elegir entre obedecer o romper por capricho, sino entre obedecer la voz propia y construir, con otros, un mundo donde esa voz no sea excepción, sino coro.

La nieve de enero, testaruda, siguió cayendo con la paciencia de las cosas que saben que el tiempo está de su lado. Y en alguna chimenea de Montcrest House, un tronco crepitó con ese sonido tranquilo que tienen los hogares que, al fin, aprendieron a llamarse así.

Agradecimientos

A Lola Gude, a la editorial Selecta y a PRH, por su apoyo y por continuar confiando en cada uno de mis proyectos.

A mi amor Roberto y a mis peques, Eze y Fran, por todo su amor e incondicional apoyo. Cada una de mis historias es para ustedes.

¿Puede un libertino redimirse a tiempo para abrirse al amor?



La señorita Lily Bloom ha tenido una brusca introducción al mercado matrimonial después de de que su desaparecido padre la reconociera como su única heredera. Esto causa un revuelo en la alta sociedad londinense. Ahora ella debe cumplir con su deber de diligente hija y procurarse un prometido acorde a los estándares de su padre.

Cuando el afamado **libertino Gabriel Montcrest, conde de Bourgh, posa sus ojos sobre la inocente joven** cree que será la perfecta adquisición para su larga lista de conquistas. Con lo que no cuenta es con que detrás de esa cristalina mirada hay una mente perspicaz capaz de ver a través de sus artimañas.

¿Podrá el conde abandonar sus viejos hábitos y darle una oportunidad al amor o estará destinado a perder a la única mujer que podría amar?

Kathia Iblis nació el 17 de mayo en San Miguel de Tucumán, provincia de Tucumán, Argentina. Soñadora y despistada, incluso cuando no está sentada escribiendo, los personajes no dejan de rondarle, exigiéndole ser escuchados. Durante muchos años luchó contra su verdadera vocación. Como toda adolescente se rebeló ante la presión de seguir la carrera de Literatura y Letras, lo que la llevó a incursionar en otras áreas que abarcaron la psicología, la traducción y, finalmente, el profesorado de inglés. Su mente y su netbook rebosan de personajes ansiosos de ver la luz y siempre tiene un nuevo proyecto entre manos.



Edición en formato digital: diciembre de 2025

© 2025, Kathia Iblis
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: SeventyFour

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-96-8

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Lady Bloom busca un prometido para Navidad
Nota de la autora
Prólogo. El apellido Bloom
Capítulo 1. Presentación en sociedad
Capítulo 2. El rumor
Capítulo 3. La oferta indecorosa
Capítulo 4. Reglas rotas
Capítulo 5. La verdad entre líneas
Capítulo 6. Celos en la ópera
Capítulo 7. La verdad a medianoche
Capítulo 8. Primer beso sin excusas
Capítulo 9. El precio del apellido
Capítulo 10. La carta cifrada
Capítulo 11. Ensayo de compromiso
Capítulo 12. Punto medio
Capítulo 13. La trampa social
Capítulo 14. La humillación
Capítulo 15. Agencia de Lily
Capítulo 16. La red del conde

Capítulo 17. Doble golpe
Capítulo 18. La tentación
Capítulo 19 La acusación
Capítulo 20. El ultimátum
Capítulo 21. Caída del villano
Capítulo 22. Rendición honesta
Capítulo 23. La escena íntima
Capítulo 24. Aparición pública
Capítulo 25. El baile de Su Majestad
Epílogo. Noche de Reyes
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Kathia Iblis
Créditos